

SALAMANCA

Por Jorge Raúl Garbarino

¡Qué prodigio de sol dando luz y vida a la mañana estival, cuyas horas nos acercan a la ciudad que caracteriza al Renacimiento español!

"Salamanca se mira en los cristales del Tormes", al decir de Garcilaso de la Vega, y la ciudad, apoteosis de piedra en el sacrilegio de un plateresco único, se convierte desde hace siglos en cuna del saber universal.

Su origen se llega al período prerromano, la Helmántica vencida por Aníbal y, posteriormente, de ella dan noticia los cronistas visigodos. Sigue vigente. "Bosque de piedras que arrancó la historia / a las entrañas de la Tierra madre, / remanso de quietud, ¡yo te bendigo! / mi Salamanca". Versos del viejo rector, de aquel Unamuno inolvidable, cuya memoria hecha luz parece aún hacerse de ecos en diálogo con otro inolvidable, cuya catedral inundó de saber: Fray Luis de León. Y el bronce es verdad para ambos, ayer, hoy y siempre, en esta Salamanca inolvidable, monumento total de España.

Ciudad que llega a su apogeo con la Casa de Austria y que vive con su alegre estudiantina, poniendo el himno joven a la par de la severidad del claustro y dando al espíritu inquieto la base y serenidad del saber, entre quebrados arcos mudéjares, únicos en España.

Salamanca, que al decir de Víctor Hugo, descansa sobre tres colinas, se duerme al son de la mandolina y se despierta sobresaltada con el grito de los estudiantes.

Salamanca, sutil y severa, alegre y recogida, por los patios de cuyas escuelas famosas parecen aún subsistir, cruzándose en diálogos, las presencias de Lope, Calderón y Góngora; de Fray Diego de Deza y Fray Do-



MANCA

UNIVERSIDAD PAG. 44

PANORAMICA: CATEDRAL PAG. 45

LA CATEDRAL



mingo de Soto; de Antonio Nebrija y San Vicente Ferrer, de Carlos V, de todos aquellos que parecieron acogerse al decir del refranero: "Quien quiera saber vaya a Salamanca a aprender", ciudad que según Cervantes "enhechiza la voluntad de volver a ella".

Es que no se pueden transitar las rutas españolas sin llegarse, como en peregrinación laica, a la ciudad salmantina, bella como la filigrina de su platería. Ciudad que ofrece el barroquismo de su Plaza Mayor, la mejor de su género en España y que, da con sus jardines, entre sus estatuas, bajo sus soportales, en sus calles y en sus piedras, una historia viva y palpitante, hecha de un connubio de tiempos que aquí pierden su edad para ser siempre presencia.

Y es conmovedor el recorrido por la ciudad, que guarda el recuerdo de sus afamadas ferias concedidas por privilegio de Enrique IV; y es con unción que se penetra a esa Universidad famosa, tres de cuyas aulas son de obligada visita: el Paraninfo, antigua aula de techo canónico y lugar de ceremonial, actos académicos y conferencias; la del músico Salinas, donde aún suena la "música extremada, capaz de serenar el aire y vestirlo de hermosura y luz no usada"; y la del poeta agustino, que al decir de Rafael Santos Torroella, es el aula donde mejor puede apreciarse la atmósfera universitaria salmantina y en su mejor momento.

Es el mismo glorioso ámbito de Fray Luis de León, donde la tradición sitúa la leyenda hermosa del "Decíamos ayer..."

Y escuchamos hoy, y callamos para seguir escuchando...





El Museo Romántico

Por Miguel de Aguilar Merlo

El Romanticismo español se quiso reflejar en este Museo, situado en el número 13 de la calle de San Mateo. Nombre y situación perfectos, como su fundador quería. Aunque no se haya conseguido todo lo que deseó. ¿Quién fue el creador de este Museo? Benigno de la Vega-Inclán y Flaquer (1858-1942), Marqués de la Vega-Inclán. Personalidad polifacética, fue de todo, político, pintor, escritor, académico, anticuario, pero predominando el enamorado de la cultura y su divulgación. Antes del Museo Romántico había creado la Casa del Greco (1906) en Toledo y puesto los primeros cimientos al turismo nacional y al conocimiento de la cultura popular y del paisaje español, entre los extranjeros, motivo de que se creara, exprofesamente para él, un cargo que se llamó **Comisaría Regia de Turismo y Cultura Artística Popular** (1911). Como a su amigo y contertulio el doctor Marañón, se dio de nuevo cuño una Cátedra de Endocrinología. Pero lo más curioso es que ambas personalidades tuvieron tal éxito en su cometido, que ambas misiones nacieron y murieron con ellos. Expliquémonos. Tal difusión dio el Marqués de Vega-Inclán a esa amalgama de Turismo y Cultura (que siempre creyó inseparables) que al dejar de ser el **Comisario Regio**,

dicha Comisaría se dividió en dos secciones. El **Patronato de las Fundaciones Vega-Inclán**, que heredó la labor titánica de Museos y de Cultura; la otra, el **Patronato Nacional de Turismo**, que con el tiempo se transformó en Ministerio. Había hecho una labor tan grande —por primera vez en España— que ya no cabía en un solo Departamento. Y así, no tuvo que regir una cosa con la que no estaba de acuerdo, separar el turismo de la cultura, cuando repetía que su deseo era **activar la labor de propaganda y divulgación de la cultura general, base y fundamento en nuestro país para aprovechar y recibir seriamente los beneficios del turismo**. En cuanto al doctor Marañón, a su Cátedra vinieron médicos de todo el mundo a especializarse, pero a su muerte, desapareció su tabernáculo madrileño, de Endocrinología Clínica, que él había alumbrado, hecho adulta y sin quejar, enterrado. No era sólo Marañón uno de los que asistían a las habituales reuniones de aquella época. Estaban, además de los dos citados, el pintor Sorolla, el Marqués de Cerralbo, Ramón Menéndez Pidal, el escultor Benlliure, entre otros amigos íntimos, sin olvidar a los famosos esposos Huntington, artistas norteamericanos. De su íntima amistad saldrían indudablemente mutuas influencias, ideas en común, frases dichas por uno, y realizadas por otros, etc. Ciertamente el temperamento intelectual y artístico de todos ellos les llevó a posturas que en muchos puntos estuvieron muy próximas. Vega-Inclán fundó el Museo y Casa del Greco, en Toledo; la Casa de Cervantes, en Valladolid; el Museo Romántico, en Madrid; restauró la Sinagoga del Tránsito, en Toledo; la Alhambra, el Generalife, el barrio sevillano de Santa Cruz, etc., empezando por primera vez en España a construir hoteles turísticos y paradores. Marañón se encariñó con Toledo, escribió sobre El Greco, regaló cuadros al Museo Romántico, etc. Joaquín Sorolla fue directivo del Patronato del Museo del Greco, pintó un óleo con dicha directiva, donde están, entre otros: Alfonso XIII, Vega-Inclán, Huntington y el mismo Sorolla, cuadro hoy en la Hispanic Society de los Huntington. Otro famoso cuadro de Sorolla es el retrato de Vega-Inclán en la Biblioteca del Museo Romántico. El Marqués de Cerralbo dejó para patrimonio de Madrid su maravilloso Museo Cerralbo, Anna Hyatt Huntington envió, influenciada por Vega-Inclán, sus dos estupendas esculturas en bronce, a España, la del Cid a Sevilla y la Antorcha a Madrid. Ramón Menéndez Pidal redactó las lápidas de las esculturas, así como el escudo de la Hispanic Society labrado en piedra por Benlliure.

Y empezamos por el Museo Romántico. En el frontispicio sobre la puerta, se lee: "Museo Romántico y Legado Vega-Inclán", con toda justicia, pues sus bienes, muebles, cuadros, etc., son la parte más importante del mismo. Es un edificio de ladrillo rojo, de dos plantas, la baja, sin utilizar. Del vestíbulo arranca la escalera, con vestigios románticos del siglo XIX. En los dos recodos, sendas estatuas, las del general Diego de León y la del político Juan Álvarez Mendizábal. Un conservador y un revolucionario, para ir compensando personalidades. En esa misma escalera cuelga un cuadro del mismo general, enfrente de otro de Isabel II niña, muy bien colo-

cados, pues precisamente en una escalera de palacio fue donde se resolvió una conspiración, en que Diego de León quiso raptar a la reina niña, para salvarla de otro general, Esparteros. Ganó el último, y Diego de León fue ajusticiado junto a la madrileña Puerta de Toledo. Esta escalera nos muestra el romanticismo militar de los pronunciamientos repetidos del siglo XIX, que este Museo es tan pródigo en recordar.

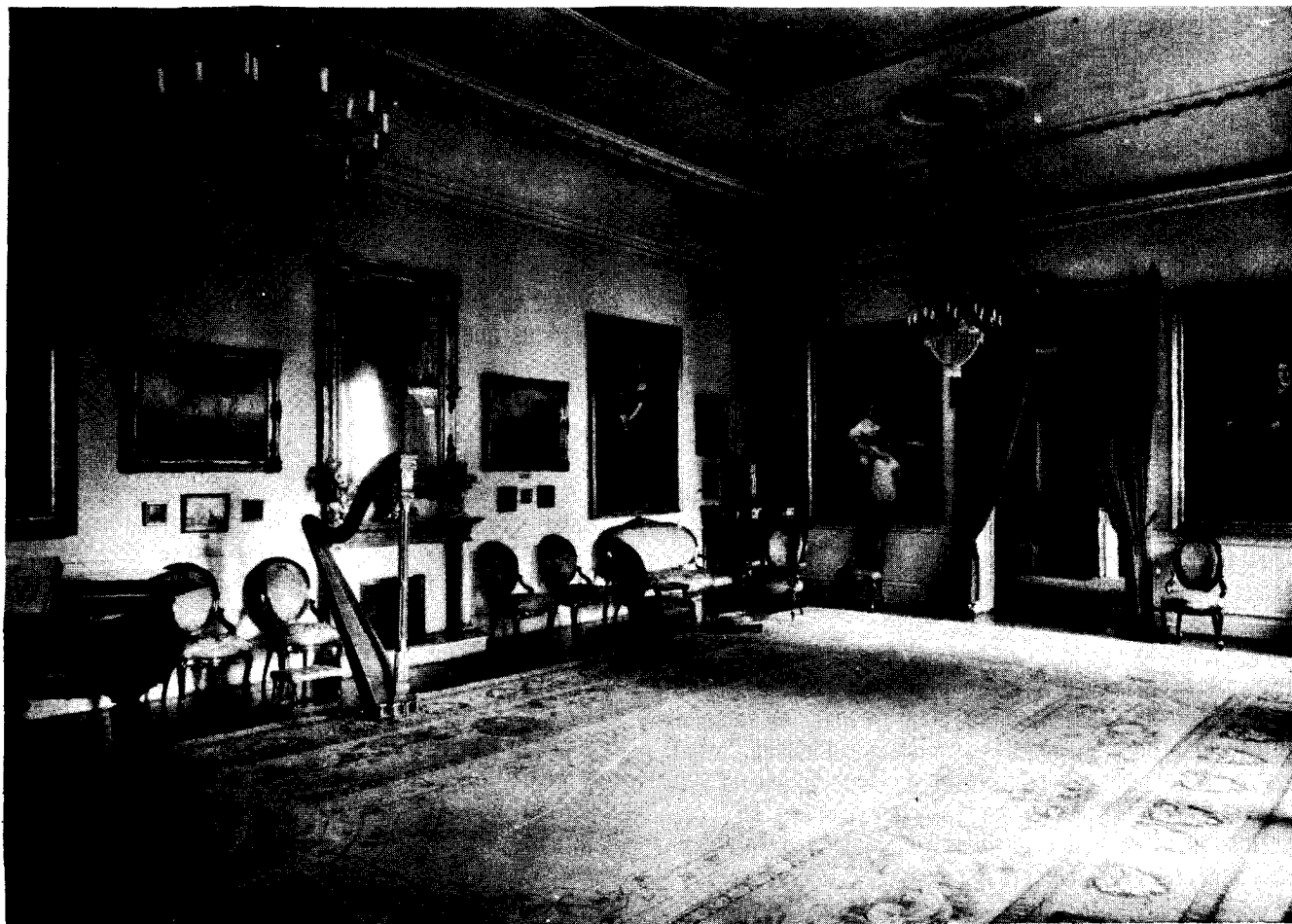
Recorriendo la planta primera, siempre en dirección a la derecha, está en primer lugar la sala dedicada a Isabel II, con un magnífico lienzo en que dicha reina revista sus tropas y que ocupa prácticamente toda una pared. Otras figuras, el retrato del teniente general Miguel de la Vega-Inclán, primer Marqués de la Vega-Inclán, padre del fundador, que derrotó al general Prim en su primer pronunciamiento de 1866, obligándole a refugiarse en Portugal. Monárquico acérrimo, siempre se le tuvo en cuenta que fue el único en derrotar a Prim, y el primero que no lo olvidó, el mismo Prim, y al triunfar el segundo pronunciamiento, con el general Serrano, encarceló a su antiguo vencedor. Otros dos cuadros destacan, Emilio Castelar, el romanticismo y el clasicismo juntos, en la política y la oratoria; y la melancólica faz y los ojos soñadores de Valeriano Bécquer, obra de Antonio Díaz Contreras.

En la Sala de Juegos de Niños hay gran variedad de temas, sobresaliendo dos cuadros de Leonardo de Alenza, de niños a la usanza del siglo XVIII, otros de juegos a la peonza, niños jugando al boliche, etc. El techo procede del derruido Casino de la Reina Isabel de Bra-

ganza, situado en el portillo (puerta pequeña) de Embajadores, no lejos de la otra puerta grande, la de Toledo, donde se ajustició a Diego de León.

En el Salón de Baile, dos grandes cuadros, a ambos lados de la puerta frontal. Un magnífico óleo de Vicente López, representando al Marqués de la Remisa, en 1844, con toda la fuerza expresiva del quizá mejor retratista español. Isabel II, en la esquina, por José Gutiérrez de la Vega, y bajo ella, su antiguo piano, un Pleyel, donde todavía se dan veladas románticas y conciertos, gracias al entusiasmo de su actual directora, Ma. Elena Gómez Moreno. Isabel II parece contemplarlo con nostalgia, así como el retratado médico gaditano doctor Benjumea, como si necesitaran un facultativo para evitar posibles desmayos melancólicos en veladas con rimas de Gustavo Adolfo Bécquer y doloras de Campoamor, destrozando corazones.

Nada más traspasar la puerta del Salón de Baile, en brusco contraste, mientras todavía nos mira Isabel II, está la sala dedicada al General Prim, que trajo a Amadeo I y encarceló al padre del fundador. Pero el hijo supo comprender que en su Museo no podía faltar Prim, a pesar de ello. El óleo de Antonio María de Esquivel, de 1844, muestra un general joven y orgulloso, de treinta años, recién nombrado por la Reina Vizconde del Bruch, anterior en veinte años a sus pronunciamientos. Un Prim montado en caballo blanco, bastón de mando en la mano, y otros generales a pie, tras él, como aumentando su arrogancia. No sé por qué en esta sala dedicada a Prim están los mejores cuadros satíricos con-



tra el suicidio. ¿Será una inconsciente alusión de personalidad tornadiza? Así vemos dos críticas de Leonardo de Alenza, "Sátira del suicidio romántico", en que un famélico, feo y melenudo, para asegurarse la muerte, se está clavando un puñal, después de haber ingerido un veneno y en posición inclinada sobre un precipicio, donde deberá caer. Creo que morirá. El otro, "Sátira del suicidio por amor", dos viejos esperpentos, delante de una tumba, ensayan la pistola debajo de la mandíbula, mientras espada, puñal y veneno esperan su turno. Tras el salón de música y versos, el amor imposible y la tragedia absurda.

Pasamos por dos salas de pintores costumbristas sobre fiestas de toros, carnavales, trajes típicos, etc., destacando "La modista con traje de pasiega", de Valeriano Bécquer, hermano de Gustavo Adolfo, y "Grupo de bandidos en un monte", de L. Alenza, donativos del doctor Marañón. En cuarto adyacente, una magnífica colección de litografías, divididas en tres series, el Madrid de finales del siglo XVIII, anterior al Romanticismo, el Madrid Romántico, y el Madrid de 1860, después del Romanticismo.

Sigue la Sala de Literatos y Artistas, con un autorretrato de Esquivel, un impresionante poeta, Bécquer, en su lecho de muerte, por Vicente Palmaroli, y un óleo, "Lectura de Ventura de la Vega ante los actores de los distintos Teatros Españoles", donde Esquivel mezcla artistas y escritores de la época. Un dibujo realizado por Gustavo Adolfo Bécquer a plumilla, con tinta negra, de una joven con polsón, quizá la que con su frú-frú de seda le hacía suspirar por la niña de los ojos verdes.

En la capilla, un "Carlos IV", de Goya; un "Príncipe de Asturias" (futuro Carlos IV), de Mengs, y presidiendo el oratorio el magnífico San Gregorio Magno, de Goya.

La Sala dedicada a Fernando VII parece que lo es a sus esposas. Así nos vamos encontrando sucesivamente los lienzos de la Princesa de Asturias. María Antonia de Nápoles, primera esposa de Fernando VII, la Reina Isabel de Braganza, segunda esposa; la Reina María Amalia de Sajonia, tercera esposa. Para que no todo sean sus mujeres, hay un cuadro de Fernando VII, de José de Madrazo, y otro de su hija Isabel II, por Vicente López.

Sigue una saleta muy original y bonita, con primorosas litografías en colores sobre el tema de los toros, corridas, multitud de suertes del toreo, etc., grabadas en forma asociada por una casa francesa y otra norteamericana, con el nombre genérico de "Courses de Toureaux", para entrar en rápido contraste, en la sala dedicada a Mariano José de Larra, "Figaro", una romántica figura literaria que revolucionó las letras españolas, en especial el periodismo, padre proclamado de la Generación del 98, pero que no pudo resistir su mente privilegiada de intelectual la atmósfera ciudadana de su patria, a la que por el número de años transcurridos en Francia e Inglaterra, no se supo adaptar. En una vitrina están sus dos pistolas, unas obras completas de "Figaro", fechadas en Barcelona, 1857, numerosos autógrafos, noticias de la época y cartas de puño y

letra de Larra a un viajero inglés. También un dramático cuadro de Gutiérrez de la Vega, "Larra-Figaro", donde queda uno admirado cómo se pueden hacer tantos juegos pictóricos, prácticamente en un solo color, el negro. Negro es el fondo. Negros, los ojos inquietantes. La cabellera, bigote y perilla, relucen negros. Y bailan la sutilidad de otros negros en la chaqueta, chaleco y la amplia corbata. Parece mentira, un hombre de la mentalidad de Larra, que anuncia un siglo XX arropado en la tristeza y negrura de un Felipe II o de un siglo XVI español.

Se pasa sin relieve una saleta de cuadros de señoras de la época y luego viene otra dedicada a militares, con tipos como un artillero de Esquivel, un Espoz y Mina donativo del doctor Marañón, un capitán de ingenieros, un húsar de la Princesa, el Gastador y un Conspirador carlista.

A continuación, una sala de cuadros pintados por el mismo fundador, originales o copias de El Greco, Velázquez y Goya, como el "Martirio de San Sebastián". Un dormitorio de la época, sin interés, y posteriormente la Biblioteca, presidida por dos cuadros, uno de Alfonso XII, vestido de uniforme de Húsares, pintado por Vega-Inclán, y el otro un cuadro de Sorolla, representando al Marqués fundador. La Biblioteca ocupa una sola habitación, mas para Vega Inclán debería tener gran desarrollo posterior. Quería que el Museo poseyese una Biblioteca importante, con libros, revistas y periódicos de la época. Un estudio de la encuadernación e ilustraciones. Las artes gráficas. Bibliografía de las guerras civiles, pronunciamientos y el carlismo. Un archivo militar de estrategia, contando ya con una colección de mil ocho volúmenes titulados: "España triunfante de Napoleón, la Francia y todos sus enemigos", cedido por el Depósito de Guerra. Sin embargo, en 1942 se ordenó prescindir de esto y los libros fueron devueltos. La Biblioteca sólo posee, pues, los libros del Fundador, o las obras escritas por él, como ensayos, sobre don Juan de Austria, la Alhambra de Granada, las casas baratas levantadas por él en Sevilla por orden de Alfonso XII, y diversas guías de los museos de su Fundación y directrices que pensaba imprimir al turismo en España. No olvidemos que gracias a su viaje a Norteamérica en 1912, recorre más de mil kilómetros a través de antiguos estados españoles, en compañía de su amigo Archer Huntington, y da dos consecuencias. Una, que los norteamericanos, atraídos por la propaganda de la reconstrucción de la Casa del Greco, empezaron a venir como turistas a España, arrastrando después a los demás países. La segunda consecuencia, que Norteamérica valorase en su justo valor las antiguas misiones de Fray Junípero Serra y las comenzara a restaurar.

Otras muchas cosas se le quedaron a don Benigno de la Vega-Inclán y Flaquer sin realizar, no solamente la Biblioteca y la red de Paradores, que sólo pudo iniciar con los de Gredos, Sierra Nevada y Mérida. También idea suya era una gran autopista, Madrid-Aranjuez-Toledo, toda bordeada de jardines, parques de recreo, villas, hoteles de lujo, elevando el rango monumental de Aranjuez y creando allí un museo de tapices de la Corona.

LA X PROBLEMA GRAMATICAL

Por Emilio Marín Pérez

México es una de las naciones hispánicas de más personalidad, siendo al propio tiempo la que de una manera más acusada se hace trasunto de lo nuestro. Posiblemente hablen los mexicanos un castellano peor que el que hablan en otros países del Sur, de nuestra propia estirpe, como por ejemplo Colombia o Perú, pero entendámonos, el castellano de México quizá no le tenga envidia al que hablan en Málaga o en Almería. Además, creemos que el idioma que nos ofrecen las películas hechas al sur del Río Grande está preparado con énfasis voluntario, como si resultara más expresivo y comercial ambientado con giros o con entonaciones populares.

Demos de todas maneras a México el mérito que merece conservando ese desgarro o ese tipismo en su habla, porque en ello puede que esté el secreto de mantenerse terne nuestro idioma común frente a la invasión de los neologismos que le entran por la ancha frontera del Norte.

El pueblo, el pueblo "malhablante", es, posiblemente, uno de los sectores más puritanos del idioma, aquí y allí, porque ese pueblo es el que más se resiste a la aceptación de formas nuevas, siendo, aunque parezca paradójico más conservador que la clase ilustrada o pudiente. Por la razón sencilla de que se baste con su vocabulario básico y no necesite los tecnicismos y los neologismos que los adelantos hayan impuesto en los medios más beneficiados directamente por la comodidad y el progreso.

El pueblo considera como repudiable lo exótico, parece como si la aceptación de los términos "forasteros" representara un sometimiento al país exportador de los mismos.

Y esto es de aquí también, y podemos ilustrarlo con muchos ejemplos; pero que baste con dos.

En el Sur, en nuestro Mediodía, aún la gente humilde no dio por bueno lo de "mamá", y las "mamás" siguen siendo "madres", que es lo auténtico o lo original, como quieran ustedes. Eso de "mamá" es algo fino y de importación y tiene veto.

Tampoco goza de predicamento la titulación oficial de la universal patata. El apetitoso tubérculo sigue siendo como empezó a ser y como es en América todavía; "papa".

Pero con el México entrañable tenemos un pleito

sin resolver; el de la equis. Todas las formas dialectales que puedan aducirse en abono de diferencias se disuelven en una pura pirotecnia folklórica, tolerable y graciosa, y sin embargo tropezamos con una simple letra, que se vuelve por arte de magia gran muralla de la China.

Recientemente el profesor Criado de Val, que tan ameno y documentado "espacio" llena en la televisión en su campaña en defensa del idioma español nos hizo saber que en el dichoso pleito entre la equis y la jota del nombre de la nación azteca, debíamos inclinarnos por la jota. Méjico fue y Méjico debe seguir siendo, aunque los naturales del país por un "chauvinismo" más o menos fundado prefieran la forma de la equis. No fueron estas sus palabras pero creo que sirven para expresar aproximadamente lo que quiso decirnos.

Para defender su postura explicó que detrás de la palabra México había otras, toda una familia; mexicanismo, mexicanidad... y que, por ello, se complicaba la cosa con la licencia.

El México de la equis parece servir más fielmente al sentimiento nacionalista, en el principio se ha supuesto que México fuera algo así como Mexicali o Meshico.

Por este camino nada parece más natural que restablecer el nombre primitivo o aceptar la variante más aproximada; los títulos que los colonizadores pudieran aducir en favor de su jota no tenían razón de prevalecer.

Yo, con una porción de buenos amigos en México tomé partido por ellos; si ellos se quieren llamar mexicanos así debo llamarlos yo, que no puede uno en este caso discrepar teniendo un idioma común, porque a los ingleses habrá que perdonarles que pongan, por ejemplo, Spain en sus sobres; hay mucha diferencia.

En esto la cosa una revista mexicana, buena y bien orientada, "NORTE", que dirige en la propia capital de la nación Fredo Arias de la Canal, incide sobre el tema, y me desvela un aspecto desconocido del mismo; se entiende desconocido para mí, pero quizá también desconocido para muchos lectores españoles.

La equis de la disputa, la manzana de la discordia, suena lo mismo que nuestra jota; o sea que a la hora de hablar no hay discrepancia.

Por si fuera poco, esto mismo lo apostilla en re-



ciento artículo un hombre que conoce bien los problemas lingüísticos, D. Salvador Madariaga; lo ha publicado el ABC de Madrid hace unas semanas. La equis en el topónimo cardinal de los mexicanos viene a ser "como una superstición", y confirma de paso lo que ya nos daba averiguado Fredo Arias de la Canal, que la equis se ha hecho bandera de la mexicanidad, sonando como la jota de Gijón que es una de nuestras jotas más indiscutibles y rotundas.

¿Qué hacer, pues? Por lo pronto admitir las dos formas y darlas por buenas. A mayor abundamiento este caso no es nuevo, como recuerda el director de "Norte", tiene antecedentes —y no penales— en nuestra lexicografía. La equis de los mexicanos es la misma que estaba en Xerez, Ximénez y Quixote, y es o era, queriendo o sin querer, una forma arcaica de la jota.

Lo que urge es hacerlo saber a las gentes, porque el lío con la obcecación no se desenreda. Y hay que decir también que en el Congreso de Academias de la Lengua de Quito quedó la cosa en tablas y se admitió la duplicidad.

Con la falta de información estamos consiguiendo que millones de hablantes hispánicos hagan ya sonar la equis de México con el sonido actual de la letra, o sea como "sh", como letra linguo palatal.

¡Menudo ridículo íbamos a hacer nosotros personalmente en la tierra caliente de la niña Chole tras haber aprendido la mejor pronunciación de la equis española moderna, haciendo delectos continuos con vocablos como oxígeno, extinto o exigente, para vencer nuestra especial resistencia a su dicción y en aras de hacerla propicia a los oídos mexicanos!

Estoy contento de haber superado el compromiso y el aprendizaje, ahora que resulta que la equis es jota aunque no se escriba. Sobre todo porque no había hecho mayores progresos. Resulta que para mí, como para muchos españoles, la equis no es sino una ese más o menos disimulada, y digo o decimos "osígeno" y nos quedamos tan campantes, aunque a la hora de escribir no se nos note nada.

¿Entonces, qué? De inmediato... ¡ya lo tenemos decidido! Escribiremos México como los mexicanos y cuando se tercié hablar hablaremos diciendo... ¡lo que buenamente nos salga!

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO.

LIBROS UNIVERSITARIOS

EL ESCULTOR MANUEL VILAR

Por Salvador Moreno

UNAM. 1969. 1a. Ed. \$200.00

Vilar es uno de los artistas académicos más importantes de nuestro siglo XIX. Tienen especial interés histórico sus cartas escritas en México.



DE VENTA
EN LA
REPUBLICA
Y EN:

LIBRERIA UNIVERSITARIA
"INSURGENTES"

Av. Insurgentes Sur No. 299
México 11, D.F.

CERVANTES Y SUS CAMINOS

Por
Víctor
Maicas

Harto sabido es cuán asendereada fue la existencia de don Miguel de Cervantes. De tal modo, que aún siendo casado "pasó lo mejor de su vida separado de su mujer", según escribe su biógrafo Navarro Ledesma.

En efecto, la peripecia de su vivir le llevará a constante trasiego por los caminos de España, atrás quedaron en el recuerdo los años de Italia y el cautiverio en Argel. Grande provecho habría de sacar de estos avatares. Si no para tranquilidad de espíritu, sí, en cambio, para guardar experiencias que se reflejarían en las páginas de sus obras. Que si la vida a veces es madrastra, también en ocasiones es maestra que brinda lecciones a aprender.

Sin embargo, Cervantes, no desdeñando aquéllas, sentirá el deseo, humano claro está, de buscar mejor acomodo y así un día acometerá la empresa de solicitar un empleo en las Indias. Ha llegado a conocimiento suyo que hay "oficios vacantes en las Indias, uno la contaduría del nuevo reino de Granada, otro la de las galeras de Cartagena de Indias, otro la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala..."

He aquí, pues, que Cervantes ahito de los sinsabores que le ocasiona su función de recaudador, pone sus esperanzas en alcanzar alguno de esos puestos y allá va un memorial donde reseña los principales hechos de su vida, dedicada siempre al mejor servicio de la patria.

Pero su solicitud no habría de alcanzar el anhelado éxito. Rechazada es de manera rotunda. Tornará a sus humildes trabajos de comisario, a vuelta con los labriegos y la Contaduría, que le toma cuentas de sus cobranzas. Una sutil tela de araña que le causa quebraderos de cabeza.

De nuevo, Cervantes, sabrá de los caminos de la

tierra española. Igualmente seguirá alejado de su esposa, doña Catalina de Palacios. Quizá en sus noches de ventas y posadas pensará en la amada ausente; quizá, también, en las lejanas y misteriosas Indias. Posible es que se sintiera transido de nostalgias, pues no ignoraba que otros, más afortunados, obtuvieron plaza y consiguieron prebendas en aquel mundo remoto y fascinante.

Pero, precisamente en tal negativa a su petición, reside la gloria de Cervantes. De haberle sido concedido uno de los oficios y puesto en la circunstancia de tener que cruzar el Océano, tal vez España no contara con su inmortal libro. Y es que el destino así lo exigía. Miguel de Cervantes "debía" escribir "El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha".

Aquellos leguleyos que desestimaron la instancia formulada por un oscuro soldado de Lepanto, rendían, sin sospecharlo, el más grande servicio a toda la Humanidad.

Sus amarguras, sus desengaños, sus ilusiones y sus ensueños, cuanto forma la condición humana, sería la levadura para su gran obra literaria. Su arquetipo habría de ser Don Quijote. A ese libro llevaría la inmensa ternura, el amor que guardaba en su corazón. ¿Acaso no es Don Quijote fiel trasunto del alma límpida de Miguel de Cervantes? ¿Quién sabe si éste sonreiría, con miseria, mientras su pluma trazaba sobre el papel alguna de las malaventuras que vive su héroe!

La bondad de Cervantes, su grandeza de alma, lo intuimos, lo "vemos" en las diversas facetas que componen la psicología del Caballero de la Triste Figura. Ciertamente que Cervantes "está" ahí. Porque él antes de ponerse a escribir su obra inmortal la vivió intensa, dolorosamente...

En el Centenario de Gustavo Adolfo Becquer

Por
Joaquín
Moctezuma
de Carvalho

Hay en Sevilla un parque famoso por sus murmullos de agua y sus extensiones verdes. Es el Jardín de María Luisa. El gárrulo andaluz, cuando entra a él, se recoge. A las tantas, en un recinto circular, poblado de bancos y de árboles lánguidos de porte altivo, se encuentra con un monumento en mármol blanco, donde la luz llega a intervalos y con el espectro de las ramas. El andaluz expansivo se calla entonces todavía más. Se encuentra ante el monumento al poeta Bécquer, hijo angelical de Sevilla, domador de versos y almas, un poeta que le enseñó a su tierra a amar con delicadeza y no con furor y soltura bravia. Y ¡qué monumento! Es la poesía petrificada. Bécquer nos mira sin ver, ajeno a los pájaros y los niños, y hay un porte sereno en esa cabeza hermosa, de cabellos ondulados y gran melena, de bigotes retorcidos y barba revuelta. Es una cabeza nostálgica e inteligente, que mira más a la tierra que al cielo y, sobre todo, hacia dentro de sí mismo. Un gesto romántico de la mano, para coger la capa, anima a ese mármol blanco sobre fondo castaño, el del tronco del árbol más cercano. Abajo, sentadas en un banco, se encuentran tres jóvenes sevillanas. La concentración amorosa, el éxtasis, la gracia o la alegría pasan por los rostros de esas animadas mujeres. La posición de sus brazos desnudos y sus manos, da la sensación de arrebató lírico galvanizador de corazones tiernos y amantes. La misma sensación de alado arrebató que llora la poesía de Bécquer. No son tres mujeres cualesquiera, sino tres sevillanas que leyeron las **Rimas**. Finalmente, un Cupido dirige su saeta hacia las tres mujeres. De otro lado, caído y agonizante, otro Cupido cierra los ojos. La dialéctica del amor y la muerte, la vida y los abismos, la realidad y los misterios. Y Bécquer dominante, en la confluencia de los sentimientos, las lágrimas y los aromas. Algún día quizá graben en un pedazo de mármol unos versos del chileno universal, Pablo Neruda. No hay versos que retraten mejor a Bécquer, y también aquel fino conjunto de mármoles y bronce. Seguramente que un día, porque no hay otros tan desgarradores, esculpirán estos versos nerudianos a Bécquer: "¡Grande voz, dulce corazón herido! / ¿Qué enredaderas desarrollas, qué palomas de / luto celestial vuelan de tus cabellos? ¿Qué abejas / con rocío se establecen en tus últimas sustancias? / ¡Ángel de oro, ceniciento asfodelo! / Y debajo de las cosas se levanta tu estatua de / bordados caídos, lavada por tanta lluvia y tanta / lágrima, tu estatua de fantasma con los ojos / comidos por las aves del mar, tu estatua de / jazmines borrados por el rayo".

¿El Neruda de las odas socialistas amante del anárquico Bécquer? ¿Y si se afirma que el Neruda de los "Veinte poemas de amor y una canción desesperada" (1924) es becqueriano en su panteísmo devorador del cosmos? ¿Pero y si se afirma que el primer libro de Neruda —"Crepusculario", 1923—, en su primera edición, comienza con un poema intitulado **Inicial**, que dice: "He ido bajo Helios, que me mira sangrante, / laborando en silencio mis jardines ausentes". ¿No es la poesía de Bécquer todo un sutil laborar en silencio sus jardines ausentes, casi de configuración platónica? ¿No

posee la poesía de Neruda esa misteriosa claridad que es el secreto de Bécquer? ¿Cómo se engañan los intérpretes de un Neruda exacto, transparente, diáfano!

Los versos de Neruda quedarán a las mil maravillas en el Jardín María Luisa de Sevilla. Pero también quedarán los de Luis Cernuda, Rafael Alberti y Miguel Hernández, poetas españoles a cuya generación se incorporó Neruda. El pastor de cabras Miguel Hernández (1910-1942) canta a la sombra líquida de Bécquer ("No, ni polvo ni tierra: / incallable metal líquido eres") en los versos elegíacos de "El abogado del Tajo". El andaluz Rafael Alberti, que cambió Buenos Aires por Roma, tiene presente al vate sevillano en su obra "Sobre los ángeles" (1927-28), que forma parte del llamado "ciclo cerrado" (como autodefine Rafael Alberti: "contribución mía, irremediable, a la poesía burguesa"). El poema "Tres recuerdos del cielo" está dedicado a Bécquer y forma parte de una división de la obra titulada "Huésped de las Nieblas", precisamente un verso de Bécquer. Luis Cernuda (1904-1964), nació en Sevilla y fue amante fidelísimo y crítico de la poesía de Bécquer. Cernuda denominó sus poemas realizados de 1932 a 1934 con un verso nostálgico de Bécquer: "Donde habite el olvido". Hace pocos meses murió en Sevilla otro poeta becqueriano, el lírico Joaquín Romero Murube, nacido también en el corazón de Andalucía.

En las últimas décadas se asistió a una intensa valoración crítica de la obra de Bécquer. En este siglo nunca faltaron los amantes lúcidos y observadores del fenómeno Bécquer. Pero fue principalmente entre 1934 y 1935 cuando tuvo lugar el auge de la consagración. La revista "Cruz y Raya", de Madrid, dirigida por José Bergamín, es el portavoz de esa devoción, analizada bajo todos los ángulos. Allí surgió la antología organizada por Luis Felipe Vivanco, "Música celestial de Gustavo Adolfo Bécquer" (1934). En 1935 aparecieron los estudios de Luis Cernuda, Dámaso Alonso y Joaquín Casaldueiro. Tampoco pueden olvidarse los preciosos trabajos de otros españoles (Enrique Díez-Canedo, José María de Cossío, Jorge Guillén, Ricardo Gullón, Carlos Bousoño, José Luis Cano, Gerardo Diego y Amado Alonso). Y sobre todo, no se puede pasar por alto la edición de las "Rimas", incluida en la colección Clásicos Castellanos, No. 158, Espasa-Calpe, Madrid. 1963, y preparada por el doctor José Pedro Díaz. A este brillante profesor uruguayo le debemos también el ensayo: "Gustavo Adolfo Bécquer - Vida y Poesía", Editorial Gredos, Madrid, cuya primera edición, uruguaya, de 1953, apareció en las Ediciones La Galatea. Este ensayo biográfico y crítico del maestro uruguayo deja en la sombra a las biografías anteriores de López Núñez, Benjamín Jarnés, José Andrés Vázquez, en las que era notoria la falta de rigor crítico. Una biografía no vale tan sólo por los datos ofrecidos. Vale, sí, y esencialmente, por el sentido que se les atribuye a esos datos. Tal y como lo había afirmado ya Azorín, también el uruguayo demuestra que el sorprendente caso de Bécquer no es ningún milagro. Bécquer no surgió en el medio hispánico como por generación espontánea. Para el uruguayo Pedro Díaz, el poeta sevillano es la necesaria culminación de

una atmósfera prebecqueriana en la que se reúnen la influencia preponderante de la poesía romántica alemana (v.g. Heine) y la poesía popular, el canto popular andaluz. La idea más corriente era la de que Bécquer surgió como cometa inesperado en el cielo de la poesía hispánica. Pero el uruguayo precisa: "Puede afirmarse, en efecto, que durante la década del 50 —1850-1860— se formó en Madrid una corriente poética que debió de contribuir en buena parte a la formación literaria de Bécquer. Se trata del desarrollo de una lírica recogida, intimista, que acentuaba en lo temático el valor de la experiencia subjetiva y que, en lo formal, desdeñaba la oratoria y los grandes efectos orquestales para proferir la expresión sencilla y densa y la riqueza de matices".

Azorín, muy influenciado por la crítica evolucionista, no creía en milagros literarios. Los ingredientes del "milagro" ya existen, están en el ambiente, irán a precipitarse en cualquier momento, formando cristales nuevos. La novedad nunca es tan rotunda como se imagina. Así sucedió también con Bécquer, cuya vida y obra se sitúan en plena época posromántica, en pleno triunfo del realismo-naturalismo. De ahí que Luis Cernuda, situándola, se refiera sin contradicción: "La obra de Bécquer nos ofrece diferentes perspectivas según el punto de vista desde el que la observamos. Hay momentos, y son los más, en que nos aparece como fruto excesivamente tardío del romanticismo; pero hay otros en que se nos aparece orientada hacia el futuro". Esto es, Bécquer pertenece y no pertenece al romanticismo. Cuando no pertenece, apunta hacia una nueva dirección, un nuevo "futuro". ¿Y cuál es este futuro? El responder a esta pregunta es conferir a Bécquer, poeta muerto hace cien años, su mayor título de gloria. Es decir que ese futuro está en la paternidad de la poesía que le es posterior y que, necesariamente, se afilia a la misma estética, cuando no también a su visión cósmica. En esa forma, Bécquer se convierte en un poeta generador de modernismo, un poeta que funda nuevas galerías de sensibilidad. De ahí que los mayores poetas de lengua castellana no cesen de cantarlo. Sólo se canta o enaltece a quien está vivo.

Claro está que no podemos ocultar el nombre de la gallega Rosalía de Castro (1837-85), en la renovación de la poesía española, le duela a quien le duela el hecho singular de que Rosalía fuera del litoral. Pero litoral no significa marginalidad. Rosalía de Castro, con la que Bécquer tuvo relación, al publicar en español "En las Orillas del Sur", 1884, afirma todavía más la renovación formalística y temática operada con Bécquer.

Es por eso que Bécquer cierra una época e inicia otra. Su poesía inicia la que se llamará de premodernismo. El notable y sano crítico Enrique Díez Canedo (1879-1944), en un artículo —"Los comienzos del modernismo en España"— (en la revista "España", Madrid, 1923), significaba que las mayores influencias habían sido Bécquer y Campoamor antípodas, en la sinceridad y la intimidad, de la retórica de Zorrilla y Núñez de Arce. Los modernistas, en casa propia, bebían allí.

Un gran poeta español, Juan Ramón Jiménez (1881-

1958), siempre tan reservado en sus confidencias, es el que, en mi opinión, tuvo el mérito de señalar a Bécquer como la gran fuente de la moderna poesía hispánica. Bécquer fue el romántico de un romanticismo depurado, sin histerismos y fanfarrias. Juan Ramón Jiménez, Nobel de Literatura, dirá: "Gustavo Adolfo Bécquer y su amigo Ferrán determinan inesperadamente en la poesía española una autenticidad indudable actual de su época, y que sigue siendo actual. Bécquer no usa casi el romance octosilabo en sus Rimas, pero está contagiado de él y de la copla popular de su tiempo, y sus Rimas vienen a ser, como he dicho tanto, peteneras, soledades, malagueñas. (...) Si hubiera escrito en romance sus Rimas, este breve libro podría haber sido una sucesión natural del mejor Romancero, el afectivo". Juan R. Jiménez, con los ojos fijos en los poetas de su tiempo, decía: "Entre los poetas españoles más jóvenes de fuera y de dentro de la patria, hay en la actualidad un retorno a un romanticismo limpio y a una tradición libre bien asimilada". Ese "romanticismo limpio" era el de Bécquer. Y proseguía: "Como mi generación, ellos se han dado cuenta de que la verdadera línea interior española, rota en Juan de Yepes y en el mejor Lope, sigue en Gustavo Adolfo Bécquer, en el buen Espronceda, en Rosalía de Castro, en Jacinto Verdaguer, en Augusto Ferrán". ¡Y recordar que el poeta de Don Juan Tenorio, José Zorrilla (1817-1893) le negaba cualidades de poeta a Bécquer". ¡Otro contemporáneo, el poeta Gaspar Núñez de Arce (1834-1903) calificó peyorativamente las Rimas como "suspirillos líricos de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados"! Y un Juan Valera (1824-1905), que fue crítico notable (en 1888 descubrió el valor de Rubén Darío, al hacer la crítica de "Azul"), el propio Valera, que se anticipaba en tantas cosas a sus contemporáneos, no tuvo el mismo entusiasmo por Bécquer. El "cisne de Andalucía", como decía sin gracia la condesa de Pardo Bazán, pasó inadvertido en su singularidad, al muy atento y cosmopolita Valera. Los cisnes se deslizan suavemente. ¿Sería por la ausencia de estrépito y ruido que no se hirió la sensibilidad de Valera? Pero los cisnes también se deslizan en Rubén Darío...

Así fueron los contemporáneos de Bécquer. Los que tenían el clamor de las masas, ya para siempre silenciadas en sus gustos transitorios, no le prestaron atención a Bécquer. Hoy en día, sólo los eruditos, los críticos y los profesores de literatura leen la poesía romántica española. Luis Cernuda la llamaba "un peso muerto". Pero Bécquer sigue en la balanza del gusto. Se lee, en íntimo recogimiento, a Bécquer y se oye "su acordeón tocado por un ángel", con ese aire de imprecisión y ese sentimiento de lo infinito, tal y como lo señaló el catalán Eugenio d'Ors. Su sensibilidad exquisita más no extravagante, su oposición a lo orquestal y lo rotundo, el velo de la intimidad anímica herida por cierta vaguedad etérea, es solicitada por las minorías y las mayorías. Es posible que este hecho se deba a la elegancia difícil y la originalidad que se revelan con sencillez y sinceridad. Anthero de Quental nos habla del "secreto del lenguaje simple, fuerte". Bécquer fue dueño de ese se-

creto. Su corazón libre de vanidades se abandonó a lo sobrenatural, el ondular de sus presentimientos huidizos, se expresan en poesías breves que son cortos lamentos. Segundo Serrano Poncela, profesor de literatura en la Universidad Central de Venezuela, nos dice que Bécquer es el poeta de la "difícil simplicidad" precisamente porque supo distinguir entre palabras "necesarias" y palabras "accesorias". Bécquer, según Serrano Poncela, sólo utilizó en su poesía las palabras "necesarias". ¿No es este el secreto del lenguaje simple, fuerte, que el portugués Anthero de Quental (1842-1893) exigía para la poesía? El "secreto", la "difícil" simplicidad... realmente las palabras "necesarias" son las del lenguaje coloquial, las palabras de todo el mundo. ¡El arte sin eufemismos no consigue evadirse de la vida de todos, porque es esa misma vida!

Azorín, en sus ensayos "Al margen de los clásicos" (1915), definió con precisión impresionista al trémulo poeta de las Rimas: "La poesía de Bécquer es frágil, alada, fugitiva y sensitiva; es inseparable de las fotografías que Laurent hizo en 1868 y de un tipo de mujer, pálido, rubio y con los ricitos sedosos sobre la frente". Jorge Guillén, que posee un extraordinario capítulo ensayístico sobre Bécquer, en su libro "Lenguaje y Poesía" (1962), se refiere a "la sensación de movimiento, de ligereza, de inmaterialidad que produce la poesía de Bécquer". El nostálgico Amado Alonso testimonió (en "Materia y Forma en Poesía", Madrid, 1955) su admiración en estos términos: "Pero dos solas son en ese siglo XIX las aportaciones de España a la literatura de talla universal: Gustavo Adolfo Bécquer y Benito Pérez Galdós". Sin embargo, fue la fe de Juan Ramón Jiménez el que presentó al poeta de las brumas y las violetas para esa valoración tan robusta y justa al mismo tiempo. Es que J. R. Jiménez se hizo también con Bécquer: "y en la campaña, durante el verano, leía nerviosamente letras románticas: Lamartine, Bécquer. Byrou, Espronceda, Heine" (en rev. "Renacimiento" 1907, vol. 20.). En una conferencia pronunciada en Buenos Aires, el andaluz J. R. Jiménez, más morisco que andaluz, calificó a Rubén Darío y Unamuno como los continuadores más portentosos de Bécquer, en los que percibía ese "espíritu de la forma y ansia sin forma, doble becquerianismo, mezcla paradójica de lo superficial, homogéneo en lo interno". Entonces, dice: "La poesía española contemporánea empieza, sin duda alguna, en Bécquer". En otra conferencia —"El Romance, río de la lengua española"—, pronunciada el 23 de abril de 1954 en el paraninfo de la Universidad de Puerto Rico, el autor de "Platero y yo" replicaba a Gaspar Núñez de Arce y a sus peyorativos "suspirillos germánicos" con que ultrajara a la poesía de Bécquer: "Pero estos suspirillos siguen vivos, después de haber llenado el corazón y la cabeza de todos los poetas contemporáneos de lengua española, vivos o muertos, en su amanecer". ¡El tan reservado y ególatra (y no sólo egocéntrico) J. R. Jiménez, se abría completamente y señalaba méritos verdaderos! Además de ser Bécquer y Jiménez poetas andaluces (y andaluces serán los mayores poetas de la España de este siglo y menciono sólo

a Federico García Lorca, Manuel y Antonio Machado. Moreno Villa, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados; como lo fueran en el pasado y únicamente recuerdo a Medrano, Rioja, Arguijo, Góngora o el Duque de Rivas), además de mantenerse en Jiménez el mismo lirismo depurado y florecido en "soledad, madre de la belleza", además de una tendencia común hacia la poesía pura (en Bécquer nunca antihumana o inhumana), creo que hay una razón cronológica en el afecto y la admiración del Nóbel andaluz por su padre en poesía: ¡Es que J. R. Jiménez pudo tratar a Bécquer y no lo hizo! Es también la nostalgia de lo que no ocurrió. De hecho, J. R. Jiménez le confiaba desde San Juan de Puerto Rico, donde moriría y sería enterrado, a su amigo José Luis Cano, otro andaluz: "Piense usted que Bécquer murió muy joven y que si hubiera vivido lo que vivieron Campoamor, Núñez de Arce, etc., hubiera sido tratado personalmente por mi generación. No se puede empezar nada contemporáneo en el verso y la prosa españoles sin empezar por Bécquer y Larra. Si Bécquer hubiera vivido 40 años más, en 1910 hubiera tenido 74. Yo, entonces, 29". El corto destino le impedirá a una nueva generación tratar personalmente con su maestro, lo que no aconteció, por ejemplo en Portugal, con Fernando Pessoa, gran padre de la poesía de vanguardia y que fue tratado personalmente por los modernistas de la generación de la "Presencia" (1927).

Creo que existirán valores literarios universales... ocultos. El infeliz Bécquer, desaparecido prematuramente a los cuarenta y cuatro años, víctima de la tuberculosis, y tragado por la muerte tan pronto como un Garcilaso de la Vega, un García Lorca o un José Luis Hidalgo, éstos todavía más madrugadores, bien podría ser ejemplo de esa creencia mía. Son pocas las rimas publicadas en revistas en vida del poeta. ¡Apenas unas quince! ¡Y algunas de ellas hasta sin su firma!

El año 1868 fue muy triste para Bécquer. Fue el año en que tuvo que separarse de su esposa Casta Esteban Navarro, hija del médico que le trataba los pulmones y con la que se casó el 19 de marzo de 1861, y de la que tuvo dos hijitos. La esposa era muy poco casta, y tuvo amores infieles con un notario de Noviercas que, seguramente, no escribía poemas. Y fue el año en que Bécquer, confiado en su protector, el ministro y político González Bravo Cesó, le entregó el manuscrito de las **Rimas**. González Bravo iba a prologar ese ramillete de **Rimas**, según un amigo de Bécquer, Julio Nombela, escritas de 1858 a 1861, o sea, cuando el poeta no se había casado todavía ni entrado en la "dura" realidad, la cotidiana, difícil y dura realidad del matrimonio. El manuscrito estaba en casa de González Bravo. Estalló la revolución del 68, conocida como revolución de septiembre y el manuscrito de Bécquer desapareció en un asalto popular a la casa del ministro real. Algún brutote lo habría tirado a una hoguera para alimentar las llamas. Un año muy triste. Su hogar se deshizo y su obra se perdió. Todavía, Bécquer fue copiando las "poesías que recuerdo del libro perdido". Las reelaboró de memoria, él que definió a

la poesía como un sentimiento que se convierte en recuerdo, luego, después, en sueño y, finalmente, en verso, por lo tanto un producto de la memoria, ya que "cuando siento, no escribo". Esas copias serán la memoria de la memoria, si acaso es posible admitir que las rimas no recuperadas eran 'iguales' a las que copió... de memoria, en una segunda fase. ¿No estaría Bécquer escribiendo un nuevo libro? ¿No se habrían perdido completamente las **Rimas**, a excepción de aquel ramillete con unas quince publicadas en vida? ¿La memoria de la memoria será todavía la antigua imagen de la poesía primitiva? ¿No será ya otra imagen? La verdad es que Bécquer fue "copiando" las **Rimas** perdidas. Esos cuadernos van a llamarse "Libro de los gorrones" (actualmente el manuscrito No. 13,216 de la Biblioteca Nacional de Madrid). Pero también se habrían perdido para siempre, si a la hora de la muerte de Bécquer (el 22 de diciembre de 1870), no surgiera entre sus amigos un movimiento de rescate. Esos amigos, los más íntimos —Ramón Rodríguez Correa, Narciso Campillo, Julio Nombela, Augusto Ferrán, etc.—, publicaron en dos tomos, "Rimas y Leyendas" y "Fantasías", las obras de Bécquer, cuando aún no hacía un año que había muerto su autor. Los periódicos no hablaron de la muerte de Bécquer. Era un hombre sencillo, sin vanidades. Tenía el peso de los sentimientos y eso le bastaba. El histrionismo pertenece a los simuladores.

Disfrutamos todavía hoy con los dibujos que Valeriano, el hermano pintor, le hizo a Bécquer en sus andanzas por los caminos rústicos de España, a la búsqueda de monumentos desgastados y en ruinas, una curiosidad muy romántica. Un Bécquer con algo de Van Gogh, y que podemos admirar en el Museo de Cádiz, la romántica ciudad del liberalismo español. Disfrutamos también de la poesía de Bécquer, su retrato espiritual. Pero también tenemos el testimonio de sus amigos. Por medio de éstos se reconstruye un Bécquer silencioso, con las ropas raídas, atravesando soñador las calles de ese Madrid de la Restauración que, poco a poco, iba perdiendo sus sueños, y donde el poeta vivió dieciséis años (de 1854 a 1870), ganando miserablemente su vida en las redacciones de los periódicos y las revistas de la capital. Me viene a la memoria la imagen de Fernando Pessoa, tan desgraciado en vida como Bécquer, con una pobre gabardina agitada por el viento, y casi pegado a las paredes cuando iba por los paseos lisboetas, con los ojos en las estrellas.

Su amigo Narciso Campillo dejó este testimonio: "Gustavo era de los hombres que sueñan despiertos, hasta el punto de asistir como espectadores al drama real de su propia vida". Otro amigo, Julio Nombela, lo retrató a su vez: "las contrariedades y las miserias de la vida jamás le quebrantaron; las disculpaba y las perdonaba. Siempre fue serio. No rechazaba la broma, pero la esquivaba. Nunca le vi reír; sonreír siempre, hasta cuando sufría. Tampoco le vi llorar; lloraba hacia adentro. Era paciente, sufrido, resignado, amable, bondadoso. Sabía compadecer, perdonar, admirar lo

bueno y ocultarse a sí mismo lo mísero y lo malo. Alma tan grande como la suya no cabía en cuerpo humano".

Faltó poco para que un poeta grande, excepcional (el mundo está lleno de poetas buenos que son mediocres en comparación con los raros poetas grandes) fuera a parar a la cueva, con la flor rara de su poesía trascendental. En este año del centenario de la muerte de Bécquer no se puede dejar de mencionar la devoción de esos amigos del poeta, tan semejantes a los que rodearon a Fernando Pessoa, poeta casi íntegramente póstumo. Bécquer murió sin apercebirse del aplauso de las minorías y las mayorías. Realmente, comenzó a vivir después del 22 de diciembre de 1870. Así, el centenario de su muerte es más el centenario milagroso de su resurrección. Como un Cristo de la poesía, crucificado en vida por sus miserias, se reencarna después de la muerte para vivir una gloria eterna y vivificante del espíritu hecho sangre en sus lectores. No se celebra la muerte, sino la vida. Y se recuerda a ese grupo dilecto de amigos que no dejaron que se enterrara todo. Salvaron su poesía. ¿Y cuántos grandes no estarán definitivamente silenciosos porque nadie los salvó? Sócrates vive por la voz de Platón...

En la obra original, las rimas son setenta y seis. Más tarde, por medio de otros descubrimientos, aumentaron a ochenta y siete. Ahora, por más extraño que parezca, la verdad es que ni siquiera los amigos de Bécquer respetaron fielmente el orden del manuscrito autógrafo. Las "Rimas" alcanzaron decenas de ediciones, pero ninguna seguía el orden trazado por Bécquer, hasta que el profesor uruguayo José Pedro Díaz preparó la edición de las "Rimas" (el citado volumen 158 de la Colección Clásicos Castellanos de Espasa Calpe, Madrid (1963), respetando íntegramente el manuscrito que conserva la Biblioteca de Madrid y este año será el centro de todas las atenciones, en homenaje a un sagrado sepulcro. En otro apéndice, el profesor uruguayo publica "Otras poesías" y "Poesías atribuidas", completando así el cuadro completo de la producción poética becqueriana, corta en dimensión pero amplia en valor y significado. También la obra de Antonio Nobre, Camilo Pessanha y Mario de Sá Carneiro, es breve. El valor estético no se mide por metros ni por el número de hojas impresas. Se mide por la intensidad. El catalán Maragall decía que los poetas deben ser "genialmente sencillos". El valer se mide por esta genialidad.

Al par que las "Rimas", Bécquer escribió unas veinte "Leyendas" y unas nueve cartas literarias que envió desde su celda del Monasterio de Veruela, donde pasó ocho meses (1863-64) en compañía de su hermano Valeriano. El orientalismo, la muerte, los fantasmas, las brujas, las hechiceras —argumentos de veras románticos—, pueblan las "Leyendas", escritas en prosa, en apariencia prosa y en el fondo obra poética. Es difícil e injusto afirmar que se trata de prosa-poética. Se trata de poesía. Bécquer era de los pocos seres poéticos que son poetas en todo. Rudolf Kassner decía de Rainer María Rilke que era poeta hasta cuando se lavaba las manos. Bécquer, devorado por el sueño de

lo etéreo y lo espectral, tenía todo de poesía, hasta la prosa. Tenía, pero no mistificaba. De las "Leyendas" se desprende una magia verbal, un sentimiento misterioso, voces misteriosas, pensamientos alados, pero en un exceso y una coloración que rebatió la poesía de las Rimas. A veces, ese sabor gótico y a fantasía nórdica (recuerdo Brujas bajo la neblina...), ese misterio más dilatado, parece ser el vientre donde parió la suprema síntesis de las Rimas, donde todo está en su lugar, ni en más ni en menos, en notas breves, sencillas, llenas de sugestión, padeciendo las "Leyendas" una ampliación que satura. Bécquer se refería a su prosa como "prosa imaginativa". A veces, se sufre de un exceso de imaginación, de delirio romántico. Sin embargo, en las Rimas no ocurre nada de esto.

Narciso Campillo, compañero de Bécquer, dice de él que era del tipo de los hombres que sueñan despiertos. Bécquer fue un gran soñador, como Nerval o Poe, Quincey o Coleridge. Baudelaire o Rimbaud. Vivía soñando. En el prólogo a las Rimas, confesaba su autor: "Por los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía (...) Conmigo van, destinados a morir conmigo, sin que de ellos quede otro rastro que el que deja un sueño de la media noche que a la mañana no puede recordarse (...) Estas sediciones de los rebeldes hijos de la imaginación explican algunas de mis fiebres". El soñador Bécquer incorporó lo delirante a la poesía (el equilibrio de intuición y razón), saboteado ya por el romanticismo. Pero lo delirante de su poesía, en la que se puede observar un surrealismo de automatismo síquico puro, nunca llega a las extravagancias y a la irresponsabilidad de la espontaneidad surrealista. De la misma forma su lírica íntima, de palabra desnuda y esencial, en que se puede considerar un precursor de la poesía-pura, nunca lo lleva a la desnudez fría, al rigor sin alma. Es una ley válida para los precursores que nunca son alcanzados por los defectos de los continuadores y sus paroxismos.

Bécquer era de esa familia de soñadores, como Holderlin, Novalis, Blake, llenos de aspiraciones inconcretas, imprecisos en sus nostalgias. El sueño era en él un acto natural, quién sabe si su secreto de las leyes de la herencia genética (el apellido Bécquer procedía de sus antepasados flamencos germánicos, radicados en Andalucía a fines del siglo XVI). Y también podría decir, como Edgar Poe en "Berenice": "Las realidades del mundo me afectaban como visiones, y apenas como visiones, mientras que las locas ideas del país de los sueños eran, por el contrario, no la materia de mi existencia de todos los días, sino la verdad de mi existencia única e íntegra".

Por ser Bécquer un soñador, más celestial que diabólico, por ser un poeta visionario, es por lo que se desprenden y se explican todas sus otras actitudes. Los biógrafos e intérpretes de Bécquer pierden su tiempo en una querella ridícula, como es la de saber si Bécquer conoce o no a sus musas, si tuvo o no privacia con la cantante Julia Espín, hija del compositor Joaquín Espín y Guillén y sobrina de Rossini, si tuvo

o no relaciones con una tal Elisa Guillén... Buscan cabellos de mujer, como detectives, no en las ropas sino en la poesía del poeta. Y se formarán dos corrientes. Una no descubre esos cabellos. Es la corriente idealista: Bécquer cantó a mujeres incorpóreas, imposibles ("Yo soy un sueño, un imposible / vano fantasma de niebla y luz / soy incorpórea, soy intangible / no puedo amarte. ¡Oh, ven! ¡Ven tú! - Rima XI). Cuando mucho, Bécquer conoció a esas mujeres; pero de roce, a la manera furtiva de Dante. Y hablan en un "cruce de miradas" ("Hoy el cielo y la tierra me sonríen / hoy llega al fondo de mi alma el sol. / Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado: / ¡Hoy creo en Dios!"). Esa corriente idealista es la más numerosa. Bécquer espectraliza al mundo.

La otra corriente encuentra cabellos de mujer incluso en la poesía de Bécquer, testimonios mudos de amores reales. Es la corriente realista, a la que pertenece Luis Cernuda ("una pasión horrible, hecha de lo más duro y amargo, donde entran los celos, el despecho, la rabia, el dolor más cruel" existe en las Rimas) y Gerardo Diego ("una pasión real, profunda e íntegra, de espíritu y de carne. Y un desengaño también amargo, ante veleidades y traiciones de grave trascendencia", se verifica en esos poemas). Juzgo que estos intérpretes se dejaron impresionar demasiado por el verso "la poesía eres tú", dedicado a la mujer y con este otro concepto de Bécquer: "en la mujer, por el contrario (la poesía), está como encarnada en su ser"; la mujer es el "verbo poético hecho carne"). Y sugestionados, no integraron estas afirmaciones becquerianas en su visión cósmica, que tiene la particularidad de destruir una como divinización de la mujer sólo aceptable en aquellos tiempos de romanticismo tardío, pero nada aceptables en nuestra época de emancipación legal. El nicaragüense Rubén Darío decía de su poesía: "Mi poesía era mía, en mí". También la divinización de la mujer era becqueriana en Bécquer. A Pascoas le oí decir que la mejor poetisa de Portugal era... Antonio Nobre, un hombre. De Bécquer debe decirse otro tanto: es la mayor poetisa de España. Porque la poesía también tiene sexo.

Se engañan los que creen que Bécquer cantó conmovido por este o aquel amor, particular, con ciudad y número de calle. Están equivocados los que piensan en un Bécquer sólo impulsado por las experiencias reales femeninas. Más cerca de la verdad está un Amado Alonso: "¿Cuántos alivian con versos su propia coñez amorosa? Pero eso no es poesía. La desazón y melancolía amorosas que efectivamente padeció Bécquer, sólo se convirtieron en poesía cuando Bécquer contempló apasionadamente su propio padecer e intuyó su valor universal: entonces pudo objetivarlas con la desazón y melancolía amorosas" (en "Materia y Forma en Poesía").

Es que la poesía de Bécquer no se define solamente por su depuración de los tópicos románticos, como si bastara disminuir el brillo, el artificio y la oratoria para luego individualizarla. Bécquer no es un romántico cualquiera, un ser que hace de su interior toda

una extroversión, importándole después la exhibición de una personalidad, de un "yo". El romanticismo fue el liberalismo en la literatura, pero a Bécquer no le importó esa libertad para afirmar un "yo", una individualidad. Los soñadores son los que menos se interesan por afirmar un "ego". El sueño es incluso la dilución del "yo", su dispersión. Quien sueña quiere ser devorado y no desea devorar. Quien sueña no quiere afirmarse contra la realidad: ignora la realidad inmediata y le es indiferente. Desea, sí, integrarse en la realidad trascendente que lo supera. Soñar es deshacerse y volar, por instantes, hacia lo ignoto. "Estamos más estrechamente ligados a lo invisible que a lo visible" afirma Novalis en sus Fragmentos". Igualmente, Bécquer escribía: "fenómenos incomprensibles de nuestra naturaleza misteriosa que el hombre no puede ni aún concebir", eran sentidos por él. Mallarmé procuraba llegar a lo "absoluto". Maragall tenía una creencia platónica: "sólo el espíritu vive siempre, y resplandece, y todo lo demás es sombra". Otro tanto poseía Bécquer: "la inteligencia del hombre, embotada por su contacto con la materia, no concibe lo puramente espiritual".

En su Epístola a los Romanos y en la primera a los Corintios, San Pablo dividió a los hombres en tres clases: los hombres espirituales, los síquicos y los carnales. El soñador Bécquer pertenece a los primeros. Es de aquellos que no necesitan pruebas para creer en algo. Es como los místicos: —cree en un mundo metafísico que está más allá de cualquier demostración racional o intelectual (el intelectual es el que exige pruebas racionales... por lo tanto, es un antiespiritual). La naturaleza se considera generalmente como lo opuesto al espíritu. En la naturaleza, las cosas son lo que parecen ser. La naturaleza no es espiritual. Todavía, no era así como pensaba o sentía el poeta Bécquer. Lo espiritual no era para él un género especial de la realidad, tal y como meditaba Nicolau Hartmann. Todo era "espíritu" para Bécquer: "no hay naturaleza sin espíritu". En las "Leyendas" señala: "En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua, parece que nos hablan los invisibles espíritus de la naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre". Bécquer estaba poseído por un nítido panteísmo espinosiano (el hombre no es un ente aparte del universo y no es libre; el hombre, para captar el universo, tiene que... despersonalizarse) y que, según creo, bebió a través de Goethe y de su "Werther", una lección pura de espinosismo en novela. Creo incluso que influyó más poderosamente en su formación el poeta Goethe que Heine (todos los manuales citan su lectura de Heine; en 1856 apareció la primera traducción española de "Nueva Primavera" de Heine, debida a Agustín R. Bonnat y un año después fue cuando la hizo en verso Eulogio Florentino Sanz). El estadounidense William Hendrix ("Las Rimas de Bécquer y la influencia de Byron", Madrid, 1931), estudió y señaló sin razón la influencia de Byron sobre el sevillano, sólo porque éste, en 1859, publicó una rima con el título de "Imi-

tación de Byron". Dámaso Alonso se refiere más bien a la influencia de A. Musset. No obstante, yo creo que la mayor influencia procede de Goethe (¡y no faltó ni siquiera un Bécquer que tradujera "Clavijo", de Goethe, en 1870!). Fue Goethe el que le dio a Bécquer su visión espinosiana del mundo, su panteísmo espiritual y de ahí —¡qué inmensa conquista!— una manera de sentir la naturaleza no como exterior a nosotros, sino interpretada por nuestro espíritu y según las emociones del momento, de cada momento vital. La influencia de Goethe es la que lleva a caracterizar una visión cósmica, no solamente unos versos. Marca la actitud ante la vida. La naturaleza, el arte, el amor (y Bécquer mismo escribió: "el amor es la suprema ley del universo; ley misteriosa por la que todo se gobierna y rige, desde el átomo inanimado hasta la criatura racional") están reducidos a una unidad superior: el espíritu, no el espíritu que cría el hombre, sino la fuerza mayor y que uno de sus versos hace centellear: —"algo divino / aquí dentro" (y Bécquer hacía un gesto, llevándose la mano al pecho). La poesía, captadora del espíritu, no es pura función de los sentidos (o de ese erotismo que las mujeres musas contagian), sino red para captar lo inefable, lo que de misterioso y divino tiene el hombre... Por eso se engañan los que buscan, tratando de saber si Bécquer estuvo o no en la cama con una cierta Julia o una cierta Elisa. Bécquer, incluso si estuvo en esa cama... "No dormía; vagaba en ese limbo / en que cambian de forma los objetos, / misteriosos espacios que separan / la vigilia del sueño", como canta en una rima. Esa transformación pulverizaría a todas las Elisás y Julias del mundo, reduciéndolas a la insignificancia de mero estímulo. Pero naufragarían en el sueño del poeta, perdiéndose sus imágenes físicas y materiales.

El amor que canta Bécquer, sólo por espejismo, es amor sexual, amor ligado a una mujer. En aquella estatua del Jardín de María Luisa deberían estar sentados... tres hombres. Mejor aún, un hombre representando a la humanidad. Es que el amor de Bécquer es sólo en apariencia el amor de los amantes. El amor es "la suprema ley del universo". Por el amor, Bécquer auscultará el ritmo del universo, que es el de la creación por amor. Los sentidos transmiten la verdad divina. "De un modo u otro, el mundo es el resultado de un efecto recíproco entre nosotros y la divinidad; todo cuanto existe o nace, surge de un contacto con el espíritu", escribía Novalis, el gran romántico alemán. El mundo es un misterio. Su luz entra por los ojos, pero no nos deja ver el misterio de que está formado. El poeta tiene la misión de captar lo inefable. Trata de separar las tinieblas de la luz e incluirse en ellas, porque perdiéndose en ellas quizá se encuentre. Patético anhelo, ya de antemano con el sabor del desencanto. De ahí que el amor, en Bécquer, sea estremecimiento, alborada o desaliento, tensión trémula. El denso misterio no le permite la apoteosis, el clamor de la plenitud. El universo aplasta.

Dije que Bécquer no es un romántico cualquiera. Ciertamente no es un ególatra enfático, un presumido

extrovertido, un simulador exhibicionista, esa plaga que le llevó al peruano Ricardo Palma a llamar "contrabandistas del sentimiento" a los farsantes de las masas románticas (en esa época todos eran románticos, como hoy son todos escritores sociales o socialistas). Se dice, incluso... que Bécquer no es romántico. El romántico afirma los sentimientos de un "yo" que procura poner en evidencia. En estos términos —¿Quién que es no es romántico?, preguntaba Rubén Darío. Simplemente, el romanticismo de Bécquer no es el de todo el mundo. Es un romanticismo corto, tan peculiar que hasta parece ser su negación, puesto que no trata de diferenciar un "yo", acumular funciones sentimentales e imaginativas, apenas ansía fundir ese "yo" en el misterio del cosmos, perder la libertad de la realidad inmediata para ganar la autonomía de lo misterioso e inefable, donde se comprende la razón del universo. Este romanticismo de minorías selectas (el mexicano Octavio Paz lo encuentra, por ejemplo, en el portugués Fernando Pessoa, 1888-1935, poeta de vanguardia), abierto al deseo surgido, trémulo ante el misterio mayor; quizá se pueda definir como una "nostalgia del universo", generador de un lirismo alado y melancólico en el que no hay una idea concreta o un sentimiento definido. Así lo padeció Bécquer, con suavidad y dulzura, resignación ante el dolor, casi con un sufrir mórbido, suspirando por alcanzar la felicidad que sabía muy bien que no podría lograr. Ese sentimiento del universo, donde pulsa lo inefable y lo espiritual, está dominado todavía por el espectro de lo transitorio. En suma, el amor, la muerte y el misterio conmovieron a Bécquer y a su corazón. Una trinidad que se reduce a universo. Sólo por caricatura se podrá reducir a Elisa, a Julia, a Casta o a cualquier otra obscura española.

Es por eso que también repudió la tesis de algunos, de ver en el amor becqueriano un mero pretexto para amar a su amor. Sería una especie de donjuanism, muy semejante al que diagnosticó un Miguel de Unamuno y un Guillermo de Torre para la monja de Beja, Madre Mariana Alcoforado. Amar a su amor sería una especie de enamoramiento del propio ego, y Bécquer preciaba en muy poco el yo, estaba inmerso en el sueño ("podrá no haber poetas; pero siempre / habrá poesía", en la Rima IV).

Esta entrega de Bécquer a su sueño panteísta, ese pasar por las puertas del inefable y misterioso universo, por instantes ligeros y tentativas, fue lo que le dio acento propio a la poesía de Bécquer. Jorge Guillén estima especialmente "la sensación de movimiento, de ligereza, de inmaterialidad que produce la poesía de Bécquer, gracias a ese impulso de confundirse y ser uno con el espíritu". Está en lo cierto, aunque no haya explorado el concepto, ni identificado ese romanticismo particular, señaló la principal influencia. Bécquer no fue poeta de actitudes. Fue poeta de una actitud esencial ante la vida y el cosmos. Bécquer pensaba que "la inteligencia del hombre, embotada por su contacto con la materia, no concibe lo puramente espiritual". El cosmos era espíritu y el poeta tenía que ir a él.

Simplemente, esta actitud, en el romanticismo alemán (Scaelling, Herder, Novalis), tiene como corolario que la palabra le fue dada al hombre para ligar a Dios con la naturaleza, siendo como una unión perfecta de lo real y lo ideal en lo absoluto. Se impugna, de este modo, que Bécquer seguía esa orientación que es la del poeta catalán Juan Maragall (1860-1911), otro espiritualista panteísta y que en su "Elogio de la Paraula", escribió: "pues creo que la palabra es la cosa más maravillosa de este mundo, porque es en ella donde se abrazan y confunden toda la maravilla corporal y toda la maravilla espiritual de la naturaleza". Pero Bécquer no consideraba a la palabra como divina; aunque paradójicamente escriba en su prólogo al libro "La Soledad" de su amigo y colega Augusto Ferrán (éste viviría en Chile del 72 al 77) que "la poesía popular es la síntesis de la poesía". La palabra no tiene un origen divino y por eso no puede llegar a lo infalible. Este concepto (que es una desviación), en Bécquer, iba a particularizar su poética. En las "Cartas literarias a una mujer", interrogará: "¿Cómo la palabra, cómo un idioma grosero y mezquino, insuficiente a veces para expresar las necesidades de la materia, podrá servir de digno intérprete entre dos almas? Imposible". Hay otros pasajes becquerianos en los que muestra su descontento por "El círculo estrecho de la palabra: Pero, ¡ay!, que entre el mundo de la idea y el de la forma existe un abismo que sólo puede salvar la palabra; y la palabra, tímida y perezosa, se niega a secundar su esfuerzo"; "A donde no alcanza, pues, ni paleta de pintor... ¿cómo podrá llegar mi pluma, sin más medios que la palabra, tan pobre, tan insuficiente?"; "Yo quisiera escribirlo... con palabras que fuesen a un tiempo suspiros y risas, colores y notas"; "el rebelde, mezquino idioma", etc. En resumen, la poética de Bécquer, bien enraizada en su sueño (y el sueño es diferente de las palabras, más rico que ellas, como observa atinadamente Jorge Guillén) tiene a su servicio a un criado recalcitrante, la palabra, que jamás reproducirá ese sueño, esa poesía, ese amor universal y que viaja a la vera de los misterios. Por ello el imperial: "podrá no haber poetas, pero siempre / habrá poesía". De ahí que la poesía escrita (la forma) nunca dé más que reflejos parciales de la poesía sentida (la idea).

Cómo es diferente así la poética de Bécquer, por ejemplo, de la de un S.T. Coleridge (la poesía sería el resultado de las palabras más exactas en sus lugares justos); o de la de un E.A. Housman (la poesía no es lo que se dice, sino una manera de decirlo). La diferencia es la de la insatisfacción, por bello y alado que sea el poema realizado. La diferencia es que Bécquer sólo nos habrá dado aproximaciones de su sensibilidad y no su sensibilidad entera.

Tan descomunal aspiración (la poesía es "desconocida esencia / perfume misterioso") tendrá el sortilegio de provocar en Bécquer cierto renacimiento para la propia palabra y su injerto en el poema. No se preocupa por la rima; la mayor parte de los poemas tienen rima asonante. Prefiere los versos hexasílabos

y heptasílabos, versos fáciles para la comparación y la enumeración, usando menos los octosílabos y los endecasílabos. Rosalía de Castro haría otro tanto, en 1884, con "En las orillas del Sar". Y cómo dirá científicamente Luis Cernuda: "el abandono del consonante a favor del asonante completa en este aspecto la intención de Bécquer de dar a la poesía, como dijo y citamos, desembarazo y libertad. El busca ante todo la música, no la sonoridad; así como en la expresión busca la sugerencia, no la elocuencia". Y para que la forma llegue a esa su sensibilidad alada, en la que ningún poeta español fue tan etéreo y divino, Bécquer llevará a la "pobre" forma sensaciones sonoras, táctiles y optocolumínicas, una aproximación para su deseo —"palabras que fuesen a un tiempo suspiros y risas, colores y notas"—, se ve realizada en la "fea realidad".

Pasados cien años, Bécquer es un poeta vivo. Su estatua, en Sevilla, está de pie. Ningún presidente municipal la retiró. Las golondrinas van y vienen por los cielos de Andalucía. Bécquer es el sevillano mayor, el que vence cada invierno, dándoles a todos la primavera siempre florida de sus versos, de esas Rimas que no riman, pero poseen mayor riqueza: la música interior, la melodía del hombre con el universo. Bécquer es el gran padre de la poesía ulterior española y también hispanoamericana. Lo proclamó a todos los vientos un Juan Ramón Jiménez, tan callado, tan reservado, y que acabaría en Nóbel de Literatura. Así, el Nóbel fue también para Bécquer y Sevilla. Los hijos no se olvidan de los padres en la hora de la fortuna.

Bécquer es un poeta vivo, sin duda. ¿Será también un poeta seguido, un poeta continuado? Seguramente que tuvo imitadores; pero continuadores... ¡Ninguno! Y hoy en día, nadie pretende seguir su derrotero de intimidades brumosas, sumergidas en la Vía Láctea ("Yo soy el fleco de oro / de la lejana estrella; / yo soy de la alta luna / la luz tibia y serena", Rima V).

Tenemos que escuchar a Azorín y su breve artículo "La lírica moderna", integrado en el volumen "Clásicos y Modernos" (Losada, 1939), porque toca lo esencial: "Pero como del **crítico** y de la observación del siglo XVIII nace el romanticismo del período prosaico y positivista de 1883 sale la nueva poesía. "El arrebató lírico no lo siente nadie; ahí no se llega", escribe Clarín. El **arrebató lírico** había de desaparecer de nuestra poesía (al menos en su forma aparatosa, convencional). Pero la nueva poesía necesitaba una base de observación, de vida menuda y cotidiana, de realismo, que sólo podían darlo el positivismo y el naturalismo".

Exactamente. La poesía nueva necesitaba de una base de observación, de vida menuda y cotidiana. Eso es lo que falta en Bécquer (pero no se caía en el ridículo de valorar a un gran poeta por lo que le falta; vale por lo que tiene). Bécquer es las antípodas de esa poesía de observación. Bécquer es poeta de las alturas y lo absoluto. ¿Iba a interesarle a un soñador sideral la "fea realidad"? Es por ello que es exacto decir que Bécquer "sintió", pero no "vivió" la

vida y que la vida es realidad en sí, independiente de nuestro sentimiento. Las alturas nunca se alcanzarán, lo que vale es el mundo a nivel cotidiano y municipal. Los poetas posteriores a Bécquer llevarán con rigor esa poesía realizada por él y, según sus propias palabras, "natural, breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica, que hiere el sentimiento con una palabra y huye, y desnuda de artificio, desembarazada dentro de una forma libre" se realiza plenamente sin pompa y ornatos, con las palabras necesarias, como describe Serrano Poncela. Todavía seguirán otros derroteros sentimentales, de una manera general más cercanos a la tierra que a los astros. Bécquer será el maestro en las purezas dominadoras del "rebelde, mezquino idioma". Sin embargo, no será el maestro en la cartografía del sentimiento. Los poetas posteriores serán mucho menos platónicos ("Yo soy el invisible / anillo que sujeta / el mundo de la forma / al mundo de la idea"). Los poetas de su descendencia si cantan el amor es porque lo poseyeron de manera realista y no dirán fugazmente: "Te vi un punto y flotando ante mis ojos, / la imagen de tus ojos se quedó". "Un punto", ¿una nesga? Los nietos y bisnietos de Bécquer sólo se hartarán con la realidad total. Estarán dentro de la vida como antropófagos. La vida es mayor que el sentimiento.

La vida de Bécquer fue triste, muy triste. Era un alma solitaria y, no obstante, extrañamente ligada al mundo. A los cinco años perdió a su padre y a los once a su madre. La vida le negó amor a ese cantor del amor. La vida fue dura, vulgar y mediocre para ese joven que era todo un artista. Su amigo Narciso Campillo vaticinó: "en música y en pintura hubiese sido más que en poesía". También el gran compositor Manuel de Falla, maestro de piano de García Lorca, otro artista del diseño, diría más tarde que Lorca hubiera sido un mago del piano, tanto o más de lo que era en la poesía. Los dieciséis años que pasó en Madrid fueron de hambre, con colaboraciones mal pagadas para revistas y periódicos, obscuridad y desolación. "Mi alma es sólo un pobre guñapo inservible", dirá el poeta antes de partir para el Monasterio de Veruela. Toda su existencia se sintió un guñapo, o en las manos de los hombres o en las de lo trascendente. Con una diferencia, cuando lo inefable impulsó a ese guñapo, sirvió para algo. Nos reveló algo del difícil misterio que nos envuelve a todos. Sirvió para tender a lo desconocido y a la fusión espinosiana del hombre con el universo, el Ser único, infinito, eterno y necesario.

En el mundo hispánico, la revolución becqueriana fue verdaderamente copernicana. De ahí que haya traspasado los muros de España y caído al otro lado, al Nuevo Mundo. El escritor dominicano Max Henríquez Ureña, tanto en su obra "El retorno de los galeones" (Madrid, 1930) como en su "Breve historia del modernismo" (México, 1954), señala la influencia de Bécquer en el Rubén Darío anterior a "Azul" (1888), en el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, en el peruano Manuel González Prada, en el chileno Manuel Magallanes Mou-

re, en el hondureño Juan Ramón Molina, en el cubano Emilio Bobadilla y en la poesía portorriqueña anterior a 1900. Pedro Henríquez Ureña, hermano de Max, y que le dio su nombre a la nueva Universidad dominicana posterior a Trujillo, les añade al colombiano Federico Rivas Frade, al mexicano José Rosas Moreno y a su compatriota dominicano Enrique Henríquez. El uruguayo Juan Zorrilla de San Martín tampoco esquivó a Bécquer. Pero, en mi opinión, falta entre esos discípulos hispanoamericanos el nombre glorioso de José Asunción Silva, colombiano, y el de J.A. Pérez Bonalde, venezolano. Sobre todo, no podía faltar el del premodernista Pérez Bonalde (1846-1892), también dibujante y músico, traductor incansable de Heine, e intimista y alado como Bécquer.

Los poetas no se repiten. Dejan marcas o vestigios. Otros que vengan por los mismos arenales sólo demostrarán insuficiencia si tratan de reproducirlos. Lo que sucede es que existen poetas de la misma temperatura, poetas que respiran una atmósfera idéntica. En Portugal es algo becqueriano el poeta Joao de Deus, en realidad seis años más viejo que el andaluz. Y becqueriano en su estética: "ser simple, ser natural, fue la preocupación natural que me acompañó en mis horas doradas de distracciones líricas". Es becqueriano en el sentimiento de lo transitorio y lo de más allá: "La vida es sueño tan leve / que se deshace como la nieve / y como el humo se desvanece: / la vida dura un momento, / más leve que el pensamiento, / la vida la lleva el viento, / ¡la vida es hoja que cae!". Pero no es Bécquer. Lo más natural es que ni siquiera conociese a Bécquer (las **Rimas** son de 1870, y la mayor parte de la producción del portugués es anterior a 1870). Y en los tiempos modernos es becqueriano Eugenio de Andrade, que seguramente habrá devorado las **Rimas**.

Pero aunque es cierto que los poetas no se repiten, hay muchas temperaturas y muchas atmósferas. El cosmos es tan vasto que jamás cesarán los poetas con voz propia y universal. Existen ojos y simpatía para escuchar su voz. Existe la libertad de sentir la libertad de sus inspiraciones. Existe la voluntad de ir en busca de lo trascendente (aunque éste sea el día a día...) y la poesía no morirá y todos los poetas serán recordados. Porque la voz de los poetas es la voz del tiempo sin tiempo y que el tiempo repercutirá. Por eso festejamos a Bécquer, siempre poeta eterno en la consuelación de los mayores que tuvo la humanidad.



María con su hijo precioso en los brazos, y con un letrado en latín en lo que era de Nuestra Señora, y de la otra parte del joyel el Señor San Juan Bautista, con otro letrado; y también traía en el dedo un anillo muy rico con un diamante, y en la gorra, que entonces se usaban de terciopelo, traía una medalla, y no me acuerdo el rostro que en la medalla traía figurado la letra del; mas después el tiempo andando, siempre traía gorra de paño sin medalla. Servíase ricamente como gran señor, con dos maestresalas, y mayordomos, y muchos pajes, y todo el servicio de su casa muy cumplido, e grandes vajillas de plata, y de oro. Comía a medio día bien, y bebía una buena taza de vino aguado, que cabría un cuartillo, y también cenaba, y no era nada regalado, ni se le daba nada por comer manjares delicados, ni costosos, salvo cuando veía que había necesidad que se gastase, o los hubiese menester. Era muy afable con todos nuestros capitanes, y compañeros, especial con los que pasamos con él de la isla de Cuba la primera vez; y era latino, y oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados y hombres latinos, res-

CORTES VISTO

POR BERNAL

"Fué de buena estatura y cuerpo bien proporcionado, y membrudo, y la color de la cara tiraba algo a cenicienta, e no muy alegre; y si tuviera el rostro más largo mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos y por otra graves: las barbas tenía algo prietas, y pocas, y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y tenía el pecho alto, y la espalda de buena manera, y era cenceño y de poca barriga, y algo estevado, y las piernas y los muslos bien sacados; y era buen jinete, y diestro de todas armas, así a pie como a caballo, y sabía muy bien menearlas, y sobre todo, corazón y ánimo, que es lo que hace al caso. Oí decir, que cuando mancebo en la isla Española, fué algo travieso sobre mujeres, e que se acuchillaba algunas veces con hombres esforzados y diestros, y siempre salió con victoria; y tenía una señal de cuchillada cerca de un bezo debajo, que si miraban bien en ello se le parecía, mas cubríanselo las barbas: la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas cuestiones. En todo lo que mostraba, así en su presencia, y meneo, como en pláticas y conversaciones, y en comer y en el vestir, y en todo daba señales de gran señor. Los vestidos que se ponía eran según el tiempo y usanza, y no se le daba nada de no tener muchas sedas, ni damascos, ni rasos, sino llanamente y muy pulido; ni tampoco traía cadenas grandes de oro, salvo una cadenita de oro de prima hechura con un joyel con la imagen de Nuestra Señora la Virgen Santa



pondía a lo que le decían en latín. Era algo poeta, hacía coplas en metros, y en prosa, y en lo que platicaba lo decía muy apacible y con muy buena retórica, y rezaba por las mañanas en unas horas, e oía misa con devoción; tenía por su muy abogada a la Virgen María Nuestra Señora, la cual todo fiel christiano la debemos tener por nuestra intercesora, y abogada, y también tenía al Señor San Pedro, Santiago y al Señor San Juan Bautista y era limosnero. Cuando juraba decía: En mi conciencia. Y cuando se enojaba con algún soldado de los nuestros sus amigos, le decía: ¡Oh, mal pese a vos! Y cuando estaba muy enojado, se le hinchaba una vena de la garganta, y otra de la frente y aun algunas veces de muy enojado, arrojaba una manta, y no decía palabra fea, ni injuriosa a ningún capitán, ni soldado; y era muy sufrido, porque soldados hubo muy desconsiderados, que decían palabras muy descomedidas, y no les respondía cosa muy sobrada ni mala, y aunque había materia para ello, lo más que le decía era: Callad, oídos con Dios, y de aquí adelante tened más miramiento en lo que dijéredes, porque os costará caro por ello, e os haré castigar. Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra, que por más consejo y palabras que le decíamos sobre cosas desconsideradas de combates, que nos mandaba dar cuando rodeamos los pueblos grandes de la laguna, y en los peñoles que agora llaman del Marqués, le dijimos que no subiésemos arriba en unas fuerzas y peñoles, sino que les tuviésemos cercados, por causa de las muchas galgas que dende lo alto de la fortaleza venían derriscando, que nos echaban, porque era imposible defendernos del golpe, e ímpetu con que venían, y era aventurarnos todos a morir, porque no bastaría esfuerzo, ni consejo, ni cordura; y todavía porfió contra todos nosotros, y hubimos de comenzar a subir, y corrimos harto peligro, y murieron diez o doce soldados, y todos los más salimos descalabrados y heridos sin hacer cosa que de contar sea, hasta que mudamos otro consejo... Era muy aficionado a juegos de naipes e dados, y cuando jugaba era muy

afable en el juego, y decía ciertos remoquetes, que suelen decir los que juegan a los dados. Era muy cuidadoso en todas las conquistas que hicimos, y muchas noches rondaba, y andaba requiriendo las velas; y entraba en los ranchos y aposentos de nuestros soldados, y al que hallaba sin armas, o estaba descalzo los alpargates, le reprendía, y le decía que a la oveja ruin le pesaba la lana, y le reprendía con palabras agras. Cuando fuimos a las Higueras vi que había tomado una maña o condición, que no solía tener en las guerras pasadas, cuando comía, si no dormía un sueño, se le revolvía el estómago, y rebosaba, y estaba malo, y por excusar este mal, cuando íbamos camino, le ponían debajo de un árbol, o otra sombra, una alfombra que llevaban a mano para aquel efecto, o una capa, y aunque más sol hiciese, o lloviese, no dejaba de dormir un poco, y luego caminar. Y también vi que cuando estábamos en las guerras de la Nueva España, era cenceño y de poca barriga, y después que volvimos de las Higueras, engordó mucho, y de gran barriga, y también vi que se paraba la barba prieta, siendo de antes que blanqueaba. También quiero decir, que solía ser muy franco cuando estaba en la Nueva España, y la primera vez que fué a Castilla; y cuando volvió la segunda vez en el año de mil y quinientos y cuarenta le tenían por escaso, y le puso pleito un su criado, que se decía Ulloa, hermano de otro que mataron, que no le pagaba su servicio; y también si bien se quiere considerar, y miramos en ello, después que ganamos la Nueva España, siempre tuvo trabajos y gastó muchos pesos de oro en la armada que hizo. En la California ni ida de las Higueras tuvo ventura, ni en otras cosas desde que acabó de conquistar la tierra, quizás para que las tuviese en el cielo, e yo lo creo así, que era buen caballero, y muy devoto de la Virgen, y del apóstol San Pedro, y de otros santos. Dios le perdone sus pecados y a mí también, y me dé buen acabamiento, que importan más que las conquistas, y victorias que hubimos de los indios".

MADERERIA

LAS SELVAS, S. A.

MADERAS

TRIPLAY, CELOTEX
FIBRACEL, MASONITE
DUELA PARA PISOS,
CAOBA, CEDRO ROJO,
OCOTE Y PRIMAVERA.

TELS.

22-23-22, 22-10-22 y 22-29-06

EMILIANO ZAPATA 124

MEXICO 1, D. F.

MADERERIA

CARDENAS

M. ALONSO Y CIA.



FERROCARRIL DE CINTURA 209

MEXICO 2, D. F.

TELS.

26-53-16 y 29-12-28

Recordando a Leon Felipe

A DOS AÑOS DE SU MUERTE



¡QUÉ LÁSTIMA!

Al poeta Alberto López Argüello,
tan amigo, tan buen amigo siempre,
baje o suba la rueda.

¡Qué lástima
que yo no pueda cantar a la usanza
de este tiempo lo mismo que los poetas que hoy cantan!
¡Qué lástima
que yo no pueda entonar con una voz engolada
esas brillantes romanzas
a las glorias de la patria!
¡Qué lástima
que yo no tenga una patria!
Sé que la historia es la misma, la misma siempre, que
(pasa
desde una tierra a otra tierra, desde una raza
a otra raza,
como pasan
esas tormentas de estío desde ésta a aquélla comarca.
¡Qué lástima
que yo no tenga comarca,
patria chica, tierra provinciana!
Debí nacer en la entraña
en la estepa castellana
y fui a nacer en un pueblo del que no recuerdo nada:
pasé los días azules de mi infancia en Salamanca,
y mi juventud, una juventud sombría, en la montaña.
Después... ya no he vuelto a echar el ancla.
y ninguna de estas tierras me levanta
ni me exalta
para poder cantar siempre en la misma tonada
al mismo río que pasa
rodando las mismas aguas,
al mismo cielo, al mismo campo y en la misma casa.
¡Qué lástima
que yo no tenga una casa!
Una casa solariega y blasonada,

Sin embargo...

70/NORTE

León Felipe.



Tres Fechas para Gabriela

Por
José
Maqueda
Alcaide



PINTURAS OPTIMUS, S.A.

**PINO No. 428 MEXICO 4, D.F.
TEL. 47-76-20 CON 10 LINEAS**

Mi estimada amiga Ana Ayala López, muy aficionada a la poesía, me pidió, en fecha reciente, que le facilitara algún libro de Gabriela Mistral, cuyos poemas le agradaban mucho.

Cumplimentado con gusto su deseo, dedico hoy a la Srta. Ayala las presentes notas en cordial homenaje a la ilustre poetisa chilena.

1901 VOCACION

La aldea chilena de Vicuña, asentada en un pintoresco valle, fue la cuna de Lucila Godoy Alcayaga, que popularizó más tarde el seudónimo de Gabriela Mistral. Vino al mundo el 6 de abril de 1889.

Su primera infancia se desliza, en un hogar aparentemente feliz, al lado de sus padres y de su hermanastra Emelina.

Un primer suceso ingrato ensombrece grandemente la niñez de Gabriela. Tiene sólo tres años, cuando su padre, bohemio y frecuentador de la taberna, abandona a su familia. Era el autor de sus días algo poeta. Escribía poemas para recitarlos a sus compañeros de reunión en el bar.

Emelina hace frente a la inesperada y triste situación de la casa con verdadera valentía, efectuando los trabajos más humildes —lavar ropa, fregar suelos— para ganar algún dinero con que hacer frente a las necesidades familiares. Al propio tiempo, realiza los estudios de maestra que finaliza con éxito.

Al cumplir Lucila doce años —1901— ayuda eficazmente a su hermanastra, cuidando de los niños más pequeños. Aunque carece de título académico, ya es una maestra ejemplar. El cariño informa en todo momento su trabajo, supliendo las deficiencias que pudiera haber en el mismo.

Tal vez por esta fecha escribe los conocidos versos que transcribo a continuación, que figuran en numerosas antologías escolares:

Piececitos de niño
azulosos de frío,
¡cómo os ven y no os cubren,
Dios mío!

Piececitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos...

1909 EL UNICO AMOR DE SU VIDA

Para hacer méritos a fin de ingresar en la Escuela Normal y obtener el título de Maestra, sale fuera de su aldea y ejerce en una escuela con carácter de auxiliar.

Se siente plenamente feliz entre sus alumnos. Ya se gana el sustento, aliviando la situación económica de su familia. Por las tardes, después de la jornada escolar, efectúa agradables paseos por las afueras del pueblo, admirando la rica vegetación de los campos y el hermoso cielo azul que se proyecta en su alma inundándola de amor y esperanza.

Al salir cierta tarde del colegio, encuentra a un joven que la mira insistentemente. Ella esquiva su mirada. Pero él continúa siguiéndola y en un puesto de flores próximo compra un hermoso ramo que le ofrece galantemente. Este fue el comienzo del único amor de su vida.

Algún tiempo después, el joven por imperativo de su trabajo, tiene que marchar a otro pueblo. Es empleado en una compañía de ferrocarriles.

Más adelante, Gabriela tiene noticias, con inmenso dolor, pues amaba a su pretendiente, que habiéndose complicado en un fraude económico, se suicida disparándose un tiro, al ser descubierto por sus superiores.

Gabriela escribe, con tan triste motivo, tres bellos sonetos dedicados al primero y único amor de su vida.

1914

LA CELEBRIDAD

Con un tesón ejemplar y una laboriosidad a toda prueba, consigue ingresar en la Escuela Normal de Santiago de Chile y obtiene el título de Maestra. Ejerce su carrera en el propio Santiago.

Con ocasión de convocarse unos juegos florales en la ciudad de su residencia, envía al concurso los tres sonetos antes mencionados. Los presenta bajo el seudónimo de Gabriela Mistral.

Obtiene un gran triunfo. Se le concede la Flor Natural y la Medalla de Oro del Ayuntamiento.

Así comienza su celebridad. La prensa le solicita colaboraciones y algún periódico le brinda un puesto en su redacción. Ella le da su negativa. Prefiere su labor escolar.

No puede, sin embargo, declinar los honores que más adelante le tributan.

En 1922 es invitada por el Gobierno de México para que participe en el estudio de los planes educativos nacionales.

El Instituto de las Españas de Nueva York publica el libro "Desolación" que recoge sus poemas más famosos. Obtiene un gran éxito de público y de crítica.

En 1924, Estados Unidos la invita a dar conferencias.

En 1932, es nombrada Cónsul de Chile en Génova. También, como diplomática, reside más tarde en Madrid y Lisboa, pasando después a Buenos Aires.

Finalmente, en 1945, le es concedido el Premio Nóbel de Literatura.

Muere en Nueva York el 10 de enero de 1957.

Sus poemas son de gran emotividad, originalidad y belleza.

Recordemos los titulados: **"Promesa a las estrellas":**

Ojitos de las estrellas,
abiertos en un oscuro
terciopelo: desde lo alto,
¿me véis puro?...

"Dame la mano":

Dame la mano y danzaremos;
dame la mano y me amarás.
Como una sola flor seremos,
como una flor y nada más...

"Plegaria por el nido":

Dulce Señor, por un hermano pido
indefenso y hermoso: por el nido!
Florece en su plumilla el trino;
ensaya en su almohadita el vuelo.
¡Y el canto dicen que es divino
y el ala cosa de los cielos!...

Y "Meciendo":

El mar sus millares de olas
mece, divino.
Oyendo a los mares amantes
mezo a mi niño...

Y con estos poemas, transcritos fragmentariamente, finalizo estas notas que tratan de recoger los rasgos más salientes de la biografía de Gabriela Mistral, cuyo inspirado verso hace siempre impacto en todos los lectores.

DE LA HABANA A VERACRUZ

74/NORTE

Alfonso Camín

De la Habana a Veracruz,
de Veracruz a la Habana,
¡mulata!
triunfa el mar de tus caderas
bajo el ciclón de tus faldas.
¡Mulata!
Sabrosos labios bembones,
dientes de espuma y de nácar,
¡mulata!,
con tus brazos en banderas,
ojos como noche en llamas,
¡mulata!,
todo el cuerpo en remolinos
de música en marejadas,
¡mulata!,
vas dejando, con tu ritmo,
candelas por donde pasas.
¡Mulata!

Dale a la tambora,
Suenen las maracas.
¡Jicama, jicama, jicama, jicama,
jáquima, jáquima, jáquima, jáquima!

Palmera loca en el viento,
carne de yuca y malanga,
¡mulata!,
plátanos de ciento en boca,
y mieles en calabaza;
¡mulata!,
mar entre dos malecones,
gaviotas entre dos playas,
¡mulata!,
los senos boyas vigías,
cintura de olas quebradas;
¡mulata!,
pies de venado y paloma.
paloma de guardarraya;
¡mulata!,
bergantín y tintorera,
mar que viene y mar que marcha,
¡mulata!.
llega bailando a la costa,
oliendo a cangrejo y jaiba;
¡mulata!,
a guayaba y pomarroza,
a pomarroza y guayaba;
¡mulata!,
a maíz en el mecate
y a café negro en Jalapa;
¡mulata!,
como chongos de Zamora
me sabes cuando tú bailas,
¡mulata!,
sacúdete en chabacanos,
dame esas tunas moradas.
¡mulata!

Dale a la tambora.
suenen las maracas.
¡Jicama, jicama, jicama, jicama,
jáquima, jáquima, jáquima, jáquima!

Crín de potro en la llanura,
clarín de guerra en Maltrata;
¡mulata!
derrite con tus caderas
las nieves del Orizaba;
¡mulata!
baila en Fortín de las Flores
sobre gardenias mojadas;
¡mulata!,
retrasen por ti el horario
los trenes de La Esperanza;
¡mulata!
que se agranden las lagunas
para ver cómo tú bailas;
¡mulata!
que se incendie la Meseta
con la luz de tu mirada;
¡mulata!
tiende entre los dos volcanes
tu cuerpo como una hamaca;
¡mulata!
nuevos príncipes del fuego
vengan a verte de Uruapan;
¡mulata!
pasa bailando por Puebla,
llega bailando a Oaxaca;
¡mulata!
rasga, bailando, en pañuelos
el cielo de Cuernavaca;
¡mulata!
entre sol y tamarindos
entra bailando en Iguala;
¡mulata!
que todo el mar de Acapulco
se asombre con tu llegada,
¡mulata!
con tambores de oleajes,
cielo azul, espumas blancas,
¡mulata!
entre un naufragio de velas
y de abordajes piratas.
¡Mulata!
Sobre pieles de tigrillos
vuelve, sin cesar la danza,
¡mulata!
en los molinos de espuma,
en los molinos de caña,
¡mulata!
préstale curvas al río
y enseña a moler la zafra.
¡Mulata!
Dale a la tambora,
suenen las maracas.
¡Jicama, jicama, jicama, jicama,
jáquima, jáquima, jáquima, jáquima!

Perseguida por los montes,
que te han tomado por jaca,
¡mulata!
el cielo roto en las manos
y oliendo a tierra quemada.
¡mulata!
vuelve a la tierra jarocho,
relincha como potranca,
¡mulata!
galopa sobre la espuma,
sacude el cuerpo en la playa.
¡Mulata!
Desemboca, como el río,
con maderas perfumadas,
¡mulata!
y entrega al mar el tesoro
que le robó a la montaña.
¡Mulata!
Huso de arena en el viento,
huracán que zumba y brama,
¡mulata!
ciclón que rompe las velas
y ola que viene cansada,
¡mulata!
ruge, crece, abre los brazos,
cae, solloza, levanta
¡mulata!
tu cuerpo como palmera
que el viento sacude y rapta,
¡mulata!
y vuelve a caer de nuevo
como palmera tronchada.
¡Mulata!
Dale a la tambora,
suenen las maracas.
¡Jicama, jicama, jicama, jicama,
jáquima, jáquima, jáquima, jáquima!

Veracruz enciendâ el Faro
mientras tú vas en la barca;
vistase el Morro habanero
con sus faroles de gala;
¡mulata!
que para ver cómo llegas
se empine el Pan de Matanzas;
¡mulata!
prenda el Malecón sus luces
y abra puertas y ventanas;
¡mulata!
rómpase el mar en corales
y la espuma en carcajadas;
¡mulata!
y alegre, como viniste,
digas, cuando a Cuba vayas:
¡mulata!
—Vengo de tierras jarochoas,
vengo de tierras hermanas,
¡mulata!
donde va y viene la rumba,
va y viene la misma danza,
¡mulata!
cocuyo, viento y palmera,
velamen y espuma y llama,
¡mulata!
como las olas del Golfo,
de una playa a la otra playa.
Dale a la tambora,
suenen las maracas.
¡Jicama, jicama, jicama, jicama,
jáquima, jáquima, jáquima, jáquima!

¡Mulata!
¡Goleta de amor, goleta
con las dos velas hinchadas,
de la Habana a Veracruz,
de Veracruz a la Habana!

CANTO VI *

MADRIGAL DEL AMOR IMPOSIBLE

En tres siglos de fuego caldeado del espíritu
los crisótes de América fundieron en su entraña
un pueblo con potentes agarres en la historia,
vinculado por raza, religión y cultura
a los pueblos de idéntica hispánica prosapia,
en común proyección de un destino cimero,
que ha de abrir nuevas rutas de entendimiento al hombre.

En la hora propicia para iniciar la empresa
de la liberación, la Isla Madre aprestaba
su madura conciencia de pueblo americano
para apoyar la inclita soñación de Bolívar,
y su aguerrido hijo, don Antonio Valero,
ofrendó a la gran causa espada y corazón.

Vicente Géigel Polanco

Tengo un amor imposible,
pero, ¡qué bello es mi amor!
callado, quieto, invisible.

Tengo un amor en secreto,
pero, ¡qué divino amor!
ferviente, dulce, discreto.

Tengo un amor sólo mío,
pero, ¡qué límpido amor!
¡claro como agua del río!

Yo tengo un amor sin celos
porque es un divino amor
y no hay celos en los cielos.

Mi amor es sin esperanza,
mas no cambiaría mi amor
por amor que todo alcanza.

Señor: ¡Conserva mi amor
callado, quieto, invisible,
como perfume de flor!

Leopoldo de Samaniego

*Del libro *Canto de Tierra Adentro*

Guillermo Prieto

PATRIA

CANCION

Extiende dolorida
Sus brazos sin consuelo,
Gimiendo pide al cielo
Que alivie su dolor.

Espanto de sí misma,
Sin esperanza llora;
La luz de cada aurora
Renueva su baldon.

Herida, palpitante,
Los ojos siempre fijos,
En esta de sus hijos
Contienda desigual.

Su aliento es la congoja,
Su luz es la agonía,
Tu alivio ¡oh patria mía!
¡Llorar! llorar! llorar!

Cual náufrago que espera
Sobre la roca inerte,
Del acaso o la muerte
Para su angustia fin.

Espera en su infortunio
Para su mal consuelo,
Y en vano eleva al cielo
Su acento la infeliz.

Héla como una encina
Que ardiente rayo ha herido;
Por el suelo esparcido
Se encuentra su verdor.

En vez de sombra amiga,
Ennegrecen sus ramas
Los rastros de las llamas
Del fuego abrasador.

Si, llora; en los combates
Murieron ¡ay! tus bravos;
Alegres los esclavos,
Desprecian tu gemir.

Y tu sangre te brinda
Del invasor la tropa,
En la insultante copa
De su brutal festín.

¿Por qué oscurece la letal tristura,
Amigos, vuestra frente?

¿Por qué en los ojos se percibe el llanto?

¿Quién es el vil que fatigó el ambiente
Con sus hondos gemidos de quebranto?

¿Quién, traidor a la gloria,

Lamenta no ir uncido,

Celebrando del sable la victoria?

¿Quién temblará cobarde, arrepentido

Del honor de los odios del tirano?

¿Quién, envidioso de la indigna mengua

Que a México rodea,

En queja infame moverá la lengua

Para unirse a la turba corrompida

Que al verdugo del pueblo vitorea?

Desertor de las filas de los hijos

De la alma libertad, busca el reposo;

Ve, la ignominia guardará tu sueño,

Esconde tu vergüenza silencioso

Si nos hiere el azote de tu dueño.

Ah! cuán grande os vi, cuando imperando

En triunfo la insolente tiranía,

El pueblo sorprendido

Su propia afrenta estúpido aplaudía!

Cual tremendos amagos de escarmiento

Vuestros nombres el déspota miraba,

Y en medio de su pompa y sus cañones,

Ante esos nombres, infeliz, temblaba!

¿Y así, herederos del honroso encono

Que exaltó a Hidalgo y sublimó a Iturbide,

Ante esa farsa que remeda al trono

Quejas el labio sin valor despiden?

¡Ah! no, jamás, proscritos, lamentemos

A los que sufren el infando yugo;

Y no se abatan las hermosas frentes

Que por erguidas señaló el verdugo.

Dios exclamó: "Que cómplices no sean

Esos, del insensato regocijo:

Que no autoricen con su labio mudo

Ese gozo sacrilego en que el pueblo

Riega imbécil de flores sus cadenas:

Que guarden con la sangre de sus venas

De libertad augusta el sentimiento,

Y sirva de protesta su tormento,

Y su constancia sirva de esperanza,

Para que alumbre un rayo de escarmiento

Cuando airada retumbe la venganza!"

¡Valor! valor! ¡oh huérfanos proscritos

De la alma libertad! No reneguemos

En el dolor nuestra misión suprema,

Que, si no nuestras frentes, nuestras tumbas

Alumbrará la luz de su diadema.

Adormezca a la impura cortesana

El canto de bastarda tiranía;

Pero donde sin muros luzca el día,

Do retumben sin trabas los torrentes,

Donde las rocas se alcen a los cielos,

Que truenen nuestros cánticos ardientes

Por la causa de Hidalgo y de Morelos.

Soldados de la gloria, no vendamos

Nuestra santa consigna; y cuando muerta

Sueñen la libertad, de trecho en trecho

Resuene heroica nuestra voz de "¡Alerta!"

Santa misión, orgullo de mi pecho,

¿Quién por ti retrocede ante el martirio?

Divina libertad, sol de los héroes,

Religión de las almas generosas,

Madre del pueblo, horror de sus tiranos,

Alienta en su destierro a mis hermanos,

Que ellos tu senda regarán de rosas!

Esas nubes oscuras y dispersas

Viento enemigo al horizonte envía,

Y ya vagan errantes

En el confín perdiéndose inconstantes:

Lluvia fecunda llevarán un día

A los pueblos de sed agonizantes.

Las simientes que arroja con desprecio

El déspota insensato en sus furores,

Producirán un pueblo que recuerde

Las hazañas de Iguala y de Dolores.

¿Por qué llorar en medio a la tormenta?

Repongamos audaces el navío;

No siempre el rayo con fragor revienta,

No siempre el horizonte está sombrío.

Veces mil tras la nube pasajera

Que aborta las terribles tempestades,

Del cielo en las inmensas soledades

El astro rey indeficiente impera!

Así la libertad, tras esta nube

Que envuelve en sombras a la patria mía,

Dulce y serena se promete un día

A los que creen en su poder sublime!

¿Cuál es el labio que convulso gime?

¿Es esto padecer? ¿esto es quebranto?

A la patria debemos nuestra sangre;

No le paguemos con estéril llanto.

Dispersos arrojónos la tormenta,

Hoy vagamos perdidos en las sombras:

Para vencer a la implacable suerte,

Para reconocernos, levantemos

Un solo grito: Libertad o muerte!

A MIS COMPAÑEROS DE

¿No fuera oprobio sollozar cuitados
Por la inclemencia, por el mal de un día,
Al frente del patíbulo de Hidalgo,
De miedo a los verdugos de Mejía?

¿No fuera oprobio defraudar la herencia
Del noble corazón republicano
Que adora en la sagrada independencia?

Yo adoro en mi dolor, porque esta patria
Que entre sus brazos sustentó mi cuna,
Que benigna a mis pies tendió sus flores,
Que acarició mi vista con su cielo,
A quien mi ingenio le debió su vuelo
Y mi pecho sensible sus amores;
Esta mi patria idolatrada ensalza
Mi ser humilde hasta sufrir por ella.
¿Y cómo no gozar cuando el tirano
Me excluye de su séquito y me elige
Para elevarme en su rencor insano?

Sofiqué mi dolor; vi a mi María,
Mi solo bien, la luz del alma mía
Muriendo entre mis brazos; al tormento,
Crugiendo de dolor se estremecía.
Mi anciana madre su gemir ahogaba
Por no aumentar con su dolor mi pena;
Y mis hijos, mis niños adorados,
Con sus brazos formándome cadena,
Quisieron detenerme acongojados.

Al ocio condenado cual vosotros,
Y al porvenir doliente de mendigo,
Cuando la caridad vino a mis brazos
Igual al crimen recibió castigo.

Triste existir sin lazos,
Pena del alma, infierno de la mente,
Que no se mira, que desprecia el vulgo,
Pero que rompe al pecho que lo siente!

Otros ¡oh Dios! en apartados climas
La tierra extraña con su llanto riegan;
Pan y reposo al extranjero piden,
Que sus hermanos bárbaros les niegan.
Tú, caro amigo, lágrimas derramas
En la cuna vacía

Do el tierno arcángel de tu amor reía,
Pobre pimpollo en las nativas ramas
Que agostó ingrato el hielo.
¡Ay! una tumba señaló la huella
Del desterrado en la mansión de duelo.
Y en medio a ese dolor, junto a esa tumba.
Cuando enronquece mi gemir el lloro,
Santa causa del pueblo, yo te adoro,
Y no tiemblo, infeliz, porque sucumba.

Hermanos de infortunio, si la patria
Triunfa de la bastarda tiranía,
Podrá escuchar nuestro lenguaje tierno;
Y en vuestro humilde hogar seréis felices,
Viendo alumbrar de su ventura el día.
¡Alzad las frentes! Padecéis, hermanos,
Porque tienda su vuelo el pensamiento;
Porque domine el pueblo a sus tiranos;
Porque no se arrebate a sus hogares
Al pobre campesino

Y tiña en sangre sus honradas manos;
Porque caigan apócrifos blasones,
Y en la virtud se funde la nobleza;
Por redimir al pueblo prosternado
Del dominio brutal de los dragones,
Y que levante al cielo su cabeza
Sin deshonor en medio a las naciones.

Por esto padecéis. En negra noche
De distancia en distancia se ve el cielo
En medio a la tiniebla pavorosa,
Y al verla encuentra el corazón consuelo.

Así al veros los buenos mexicanos
Recordarán la libertad sagrada,
Como promesa dulce y bienhechora
Del fin del despotismo de la espada.

No desmayéis: tras el agreste monte
Que parece tocar al firmamento,
Extiéndese risueño otro horizonte
Do el corazón expláyese contento.

No desmayéis: si en medio a la tormenta
El sublime marino

Que a todo un continente dio su nombre,
Que todo un mundo alumbra con su gloria,
Hubiera desconfiado del destino,
Porque estaba en tinieblas la esperanza,
Porque vagaba errante y sin camino
Sufriendo de los vientos la mudanza,
¿Fuera este el mundo de Colón sublime?
¿Fuera nuestro hemisferio

El que al acento de su voz potente
Salió del mar para admirar su frente?

Hermanos de infortunio, no cobardes
Nos sorprenda el quebranto,
Sed del pueblo los genios tutelares:
Si morís, en las losas de las tumbas
Otras edades alzarán altares.

¡Salud y bendición, tiernos hermanos!
¡Salud y bendición! El noble pueblo
Que hoy se duerme a los pies de sus tiranos,
Es el gran pueblo que nació en Dolores,
El que otro tiempo apareció iracundo
Dando lecciones de escarmiento al mundo
Al rendir a sus viles opresores.

¡Salud y bendición! Lucirá un día
En que repita nuestra voz contenta:
"Yo no asistí de México a la afrenta:
Con su rencor me honró la tiranía."

INFORTUNIO